PQ 6431
.S 13
R 4
1928

PUBLICA-LITERARIK

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

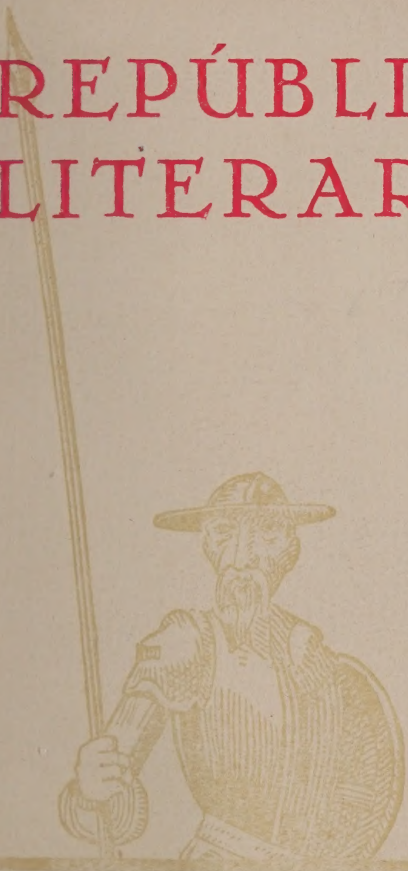
PQ6431
.S 13
R4
1928

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
~~SEP 25 1981~~	SEP 25 '81		

SAAVEDRA FAJARDO

REPÚBLICA LITERARIA



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Puerta del Sol, 15 Ronda Universidad, 1 Florida, 251
MADRID BARCELONA BUENOS AIRES

REPÚBLICA LITERARIA

BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES

DIRECTOR: *Francisco Carrillo Guerrero,*

Inspector-Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

SERIE PRIMERA

Las cien mejores obras de la Literatura española

TOMOS PUBLICADOS

1-2. *Santa Teresa de Jesús.*—Su vida.
3. *Quevedo.*—Vida del Buscón.
4. *Campoamor.*—Dolores, poemas y humoradas.
5. *Larra.*—El pobrecito hablador.
6. *Góngora.* Poesías.
7. *Moratín.*—La Comedia Nueva y El sí de las niñas.
8. *El Romancero del Cid.*
9. *Lazarillo de Tormes.*
10. *Tirso de Molina.*—El Burlador de Sevilla.
11. *Espronceda.*—El Diablo Mundo.
12-13. *Balmes.*—El Criterio.
14. *Cervantes.*—Novelas ejemplares.
15. *Calderón.*—El alcalde de Zalamea.
16. *Garcilaso.*—Poesías.
17. *R. de la Cruz.*—Sainetes.
18. *Lope de Vega.*—La discreta enamorada.
19. *Vélez de Guevara.* El diablo Cojuelo.
20. *Cadalso.*—Optica del Cortejo.
21. *Cervantes.*—Entremeses.
22. *Cabeza de Vaca.*—Naufragios.
23. *Fr. Luis de León.*—La perfecta casada.
24. *Alarcón.*—Verdades de paño pardo.
25. *Moreto.*—El desdén con el desdén.—Entremeses.
26-27. *Gil y Carrasco.*—El señor de Bembibre.
28. Antología de la Lírica gallega.
29. *Jovellanos.*—Obras selectas.
30. *Villegas.*—Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa y otros cuentos.
31. *Saavedra Fajardo.*—República literaria.
32. *Pérez de Oliva.*—Diálogo de la dignidad del hombre.
33. *Gracián.*—Oráculo manual.
34. *Arolas.*—Poesías.
35-36. *Espinel.*—Vida del Escudero Marcos de Obregón.
37. *Verdaguer.*—Antología lírica.
38. *Iriarte.*—Los literatos en cuaresma

SERIE SEGUNDA

Las cien mejores obras de la Literatura universal

TOMOS PUBLICADOS

1. *Perrault.*—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles.*—La Política.
3. *Chateaubriand.*—Novelas.
4. *Leopardi.*—Poesías.
5. Los poetas griegos.
6. *Washigton Irving.*—Apuntes literarios.

PQ6431
.S13
R4
1928

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.-VOL. 31

SAAVEDRA FAJARDO

REPÚBLICA LITERARIA

ORACIÓN PRELIMINAR DE
D. GREGORIO MAYANS Y SISCAR

TERCERA EDICIÓN

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
LIBRERÍA FERNANDO FE
PUERTA DEL SOL, 15. — MADRID

Talleres tipográficos Velasco * Meléndez Valdés, 52 * Tel. 31243

ORACION

DE D. GREGORIO MAYANS Y SISCAR, EN ALABANZA DE LAS OBRAS DE D. DIEGO SAAVEDRA FAJARDO

Considerando yo con atención, que el mejor maestro que he logrado para aprender la propiedad y grandeza de la lengua castellana, ha sido, y es, el excelentísimo escritor D. Diego Saavedra Fajardo, y que a la frecuente lección de sus limadísimos escritos debo este mi estilo (tal cual sea), he juzgado que no puedo desempeñar mejor mi gratitud, que dando al mundo un testimonio público del alto aprecio que formo de sus inmortales obras; no por entender que necesita de que yo le alabe; sino porque habiendo sido D. Diego el español que con pluma más airosa y con mayor destreza ha procurado copiar muy vivamente aquella idea perfecta de la pureza y majestad de esta lengua nobilísima; será obsequio debido a su venera-

ble memoria, ver si puedo aficionar a su provechosa y dulce lección a los que viven hoy gustosamente enajenados con el embeleso falso de una locuacidad inútil, hipócritamente suave y harmoniosamente lisonjera de tantos y tan incautos oídos. La dificultad está en que todos quieren ser árbitros de la lengua castellana sin advertir que es difícil el poder determinar aquella tan delicada perfección, que recatándose tanto de la inteligencia ordinaria, llega a estado de desaparecerse a los entendimientos comunes. Fuera de esto, la variedad de los genios suele inclinar a los lectores a que celebren más un estilo que otro, porque en aquél encuentran su congenial carácter, y no en éste. Aman unos el estilo que sólo brilla por el exterior artificio, como piedra falsa. Aprecian otros (con más razón), el que sin apariencia alguna, cual ruda concha, contiene mucho valor por lo que en sí oculta. El cuerdo juez de los estilos prefiere aquel que, como inestimable diamante, tiene muy altos fondos de juicio y está también artificiosamente pulido con primorosa destreza.

Tal es el que D. Diego usó en todas sus obras, pues se descubre en ellas un maravilloso juicio exquisitamente perfeccionado con una constante aplicación, observación atenta, sagaz industria y diligencia suma. Voy a decir

una verdad, y para que no sea odiosa a los que hoy ennoblecen el lenguaje español con singular elocuencia, prevengo antes, que sin atreverme a defraudarlos de su merecido aplauso, únicamente hablaré de los que ya murieron, pero de tal suerte, que aún viven por sus eternas obras. Digo, pues, que D. Diego Saavedra debe tener en España lugar muy eminente entre los escritores elocuentes de primera clase.

No quisieran oírme los que no siendo capaces de discernir el estilo que se debe a cada especie de asunto, no proporcionan su juicio al argumento propio, sino que pretenden arrastrar la materia al genio suyo. Pero, pues ellos sienten lo que quieren, permítanme que yo diga lo que juzgo: que no ha de ser menos benemérito de libertad mi juicio que su mero antojo.

Cuando con atención leo las Empresas Políticas *y me representa la memoria a los que sobre tales asuntos he leído, ninguno encuentro entre los nuestros, que igualmente feliz haya llenado tanto el estilo filosófico; aquel estilo, digo, con que se debe tratar la Filosofía moral, de quien es la política muy ilustre parte. Así vemos que su decir es alto y sublime como el de Cornelio Tácito; tan frecuente en las sentencias como el de Lucio Séneca; breve co-*

mo el de Cayo Salustio; libre como el de Suetonio Tranquilo, y que a imitación del de Marco Tulio, toma prestada de la oratoria la conveniente vehemencia y eficacia; y a un mismo tiempo hermosea la sequedad del asunto con la deleitable amenidad de la erudición y composición dulce. Nada vemos escrito con precipitación de ánimo. Todo arguye un juicio sumo. Todo lo apoya con razón. O con infame rebeldía hemos de negar que la conocemos, o ceder a ella. Tal es el nervio y energía.

Pero lo sumo es, que levantándose D. Diego sobre toda humana política, a cada paso se vale de los irrefragables testimonios y segurísimos ejemplos de las Sagradas Letras; porque (como él mismo dice con el Rey David) (1): *"La política que ha pasado por su crisol, es plata siete veces purgada y refinada al fuego de la verdad. ¿Para qué tener por maestros a un étnico, o a un impío, si se puede al Espíritu Santo?"*

Fuera de esto es cosa muy digna de admirar, que estando compuesta toda esta obra de sentencias y máximas de estado, que son las piedras cuadradas sobre que firmemente se levantan los edificios políticos, no se colocan acaso, sino con mucha orden y permanente y hermosa

---

(1) En la Prefación de las *Empresas Políticas, Salmo II, verso 7.*

trabazón. No diría de las Empresas el emperador Calígula, que son cal sin arena (1), *porque en ellas las sentencias (como D. Diego dice* (2), *y es así) "no van sueltas, sino atadas al discurso y aplicadas al caso, por huir del peligro de los preceptos universales". Lograba esto D. Diego haciendo suyas las sentencias con el conocimiento y hervor de una larga meditación, al modo que las solícitas abejas van cociendo en su estómago aquellos varios licores que han chupado de diferentes yerbas, hasta que, convertidos en nueva sustancia, toman el debido punto, de una miel dulcísima. De aquí infiero, que aunque D. Diego dice* (3) *(y lo debemos creer) que en la trabajosa ociosidad de sus continuos viajes pensó en aquellas* Empresas *que forman la* Idea *de un* Príncipe político cristiano, *escribiendo en las posadas lo que había discurrido consigo por el camino, cuando la correspondencia ordinaria de despachos con el Sr. D. Felipe IV y con sus ministros y los demás negocios públicos, que estaban a su cargo, daban algún espacio de tiempo; sin embargo, después añadía larga y fastidiosa diligencia para la juiciosa elección de los más ilustres ejemplos de la antigua y moderna edad, para la viva ex-*

---

(1) Suetonius in *Calígula*, cap. 53.
(2) En la Prefación de las *Empresas Políticas*.
(3) En el principio de la Prefación.

presión de las sentencias, para la colocación ordenada y contextura lisa, para hermosear y perfeccionar el estilo. Ni podía ser de otro modo, porque aquella alta prudencia en dirigir por las sendas de la razón natural y política al entendimiento humano, aquellas sentencias tan eficazmente penetrantes, aquellos ejemplos tan oportunos, aquella erudición tan puntual y varia, aquella grandeza, majestad, hermosura y aire de estilo, están arguyendo un ánimo tranquilo, que desprendido de todo pensamiento llega a elevarse sobre sí, intentando sólo trasladar al papel una elegantísima copia de la razón natural, siempre honesta, siempre recta y constantísimamente digna de ser seguida. Por esta causa cada sentencia es un oráculo; cada período, un texto de la más segura política, y todo el libro un manual muy útil para príncipes, ministros, cortesanos y cualquiera hombre de mediana razón; o por mejor decir, una fiel aguja de marear, que señala el norte del acierto humano con tantos rumbos como letras.

Considerando esto muchas veces, seriamente creo que la naturaleza y arte se unieron para conseguir hacer el mayor milagro de la política práctica que se podía idear; o por mejor decir, me parece que fué necesario que precediesen tan excelentes maestros de la política, como el mundo ha tenido, para que D. Diego, que en

su capacísimo talento abrevió su doctrina, fuese un oráculo perpetuo de todos ellos. Así vemos que por su pluma se explican con facilidad nueva y admirable los mayores políticos. En todas sus Empresas *se muestra un segundo Xenofonte proponiendo la Idea de un Príncipe político cristiano; un divino Platón manifestando practicable el gobierno de una República sabiamente ordenada; un Aristóteles perspicacísimo, que deriva siempre de la razón natural el justo regimiento de las familias, ciudades, repúblicas y monarquías; un Salustio prudentísimo, no ya instruyendo a Julio César para poder establecer el Imperio usurpado, sino a todos los príncipes legítimos que son y serán, para reinar justísima y clementísimamente; un Lucio Séneca juiciosísimo, que para domesticar y reducir a mansedumbre tantos leones coronados, les va infundiendo con encubierto halago un alto amor de la piedad y clemencia; y por fin, parece un cristiano Tácito, que con altísimo juicio ha reducido la política a una piadosa arte. De los documentos y sentencias de aquel gran político formó D. Diego la mayor parte de sus* Empresas, *para que cualquiera príncipe, sin ofensa del pie, coja sus flores trasplantadas allí y preservadas del veneno y espinas que tienen algunas en su terreno nativo, y les añadió la malicia de estos tiempos*

Todo esto que he dicho se encamina sólo a manifestar los fondos de las Empresas políticas. *Veamos ahora qué consiguió D. Diego en el lenguaje español; y para mejor declararme, permitid, señores, que renueve yo en vuestra memoria el infeliz estado, en que antiguamente yacía feísimamente desaliñado este mismo idioma, aun habiendo en España eruditísimos hombres.*

Tiempo hubo, en que constantemente se creía que no era capaz la lengua castellana de perfecta elocuencia. Veían los críticos, que muchos españoles, que en latín habían hablado elocuentísimamente, no lo habían conseguido en su propia lengua. Intentábanlo muchos, pero vanamente. Esto dió motivo de prorrumpir en justas quejas al ilustrísimo español y excelentísimo poeta Garcilaso de la Vega. "Yo no sé (decía) (1) *qué desventura ha sido siempre la nuestra, que apenas ha nadie escrito en nuestra lengua, sino lo que se pudiera muy bien excusar; aunque esto sería malo de probar con los que traen entre las manos esos libros que matan hombres." Decía Ambrosio de Morales, hombre de gran juicio, que una de las causas porque muchos no acertaban a escribir en español, era, porque "faltaban*

(1) En la carta a la muy magnífica señora doña Jerónima Palova y Almogávar.

en nuestra lengua buenos ejemplos del bien hablar en los libros, que es la mayor ayuda que puede haber para perfeccionarse un lenguaje: y donde falta el arte, la imitación con los buenos dechados alcanza mucho, y la excelencia y la gloria de los que parecen tales, que deban ser seguidos, incita y enciende a los otros, para trabajar de hacerse semejantes y merecer ser como ellos, alabados. ¿Quien no entiende que es gran pobreza, que casi no haya habido en España hasta ahora alguna buena escritura, cuyo estilo o género de decir pudiese uno seguirlo para enmendar su habla? Con seguridad que cuando lo hubiese sacado bien al natural, habría mejorado su lenguaje. ¿Quién podría señalar muchos libros castellanos con confianza, que leídos y imitados se alcanzaría perfección o señalada y conocida mejoría en el uso de nuestra lengua? Bien entiendo la respuesta, y bien veo que se me podría dar en los ojos, con algunos libros, que de algunos años a esta parte se leen con gran aprobación del pueblo, que los estima por muy elegantes. Mas yo hablo con los doctos y con los buenos juicios, que tienen muy vista esta falta, y por muy justa esta queja; y no hago caso de gente vulgar, que estima y aprecia algunos estilos por su gusto, lo cual basta para que no se tengan por buenos". Así justísimamente se queja-

ba Ambrosio de Morales en el juicioso y erudito Prólogo que hizo a las doctísimas obras póstumas de su sapientísimo tío el maestro Fernán Pérez de Oliva; y para mayor apoyo de tan severa queja, advierto que luego exceptúa de ella al nobilísimo poeta Garcilaso de la Vega, a quien llama "luz muy esclarecida de nuestra nación", añadiendo "que ya no se contentan sus obras con ganar la victoria y el despojo de la Toscana, sino con lo mejor de lo latino traen la competencia, y no menos que con lo muy precioso de Virgilio y Horacio se enriquecen". Es también muy digno de notarse, que aún en aquel tiempo no se había impreso, si bien andaba frecuente entre curiosas manos la Guerra de Granada *que escribió con delgadísima pluma D. Diego Hurtado de Mendoza, español Cipión, cuyos ocios militares fueron más útiles a la República literaria, que los de cualquier otro que en España se hubiese enteramente entregado a la perfección del lenguaje.*

Parece que a la voz y exhortación de Ambrosio de Morales se animaron luego algunos grandes ingenios, que teniendo por inútil la flojedad antigua, intentaron hablar nerviosamente.

Es deudora España de inmortales alabanzas al Venerable Padre Fray Luis de Grana-

da, que fué el primero que con lección vastísima, diligencia suma y ardentísimo deseo de persuadir la virtud y desterrar el vicio, dió fuerza, eficacia y natural dulzura al lenguaje español.

Siguieron luego a esta robusta elocuencia en la variedad de sus escritos, el Padre Pedro Rivadeneyra, varón elocuentísimo; el Padre Juan de Mariana, inmortal blasón de toda España; el Padre Martín de Roa, varonilmente fecundo; el maestro Fray Juan Márquez, gran benemérito de la dulzura castellana; el obispo de Tarazona, D. Fray Diego de Yepes, persona de gran saber y de gravísimo decir; Manuel de Faria y Sousa, hombre acre y de valentísimo estilo; el licenciado Luis Muñoz, puro, suave, piadoso y eficaz; D. Francisco de Quevedo Villegas, que así en lo serio como en lo chistoso, fué, si no igual, no muy inferior a los más célebres hombres que la antigüedad logró; y en lo que toca al estilo, tan propio y natural, que si por razón de los argumentos no hubiera afectado la vulgaridad, y por la grandeza de su ingenio la extravagancia del discurso, sería hoy el ejemplar primero de la elocuencia española.

Ya parece que me olvidaba yo del Doctor Bernardo Alderete, a cuya diligencia, erudición y autoridad debió el lenguaje español grandí-

sima parte de sus dilatados progresos. El fué el que, manifestando eruditísimamente el origen y principio de la lengua castellana, probó que era igualmente capaz que la latina, su madre, de la mayor elocuencia.

Reconocieron esta verdad algunos ingenios eminentes y logrando entonces un rey amante de la poética, levantaron sus voces con harmoniosos números, y de esta suerte Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, el príncipe de Esquilache, D. Francisco de Borja, D. Luis de Góngora y Argote, Fray Lope Félix de Vega Carpio, D. Juan de Jáuregui, D. Francisco de Quevedo Villegas, Francisco López de Zárate, D. Pedro Calderón de la Barca, D. Antonio Hurtado de Mendoza, y D. Antonio de Solís renovaron la memoria, invención, variedad, dulzura y acrimonia de Plauto, Terencio, Cátulo, Horacio, Virgilio, Propercio, Tibulo, Ovidio, Persio, Marcial y Juvenal, hicieron soberbio el juicio de los oídos, que habiendo ya percibido la suavidad del número, no se sabían contentar con una cláusula proferida acaso, si no la hacía el artificio acordemente harmoniosa.

Consiguió en la prosa este singular primor con una facilidad rarísima, digna, por cierto, de su gran ingenio y natural facundia, el maestro Fray Hortensio Félix Paravicino, y aque-

lla grata novedad captó tanto los oídos, que tenía suspensa de una flaca voz toda la discreción de la corte; pero con fruto no correspondiente a una predicación apostólica, porque aquel estilo no tanto aprovechaba, como deleitaba por su mucha agudeza y composición artificiosa. Era ciertamente, cual obra de alquimia, que si bien reluce como el oro, no vale mucho, y ojalá que todos los que le siguieron después y aún hoy se precian de ser sus monas, tuviesen tanto ingenio, doctrina y erudición como Paravicino. La lástima es, que pensando muchos imitarle (presunción ridícula), han atendido sólo al vano estrépito de ruidosas palabras, diciendo mucho y significando nada; cosa que Marco Tulio condenó, como conocido furor (1).

Miguel Cervantes Saavedra, aunque de estilo fácil, con evidencia se conoce que trabajó muchísimo en la colocación castellana; y he observado en sus obras, que intentando imitar a los latinos, hacía muy extravagante, por la trasposición, el lenguaje español. ¿Quién no se ríe al leer? (2). *"A la cual sus querellas (cuando ocasión se le ofrecía) declaraba... Sin-*

(1) *Libro 1 de Orat. cap. 27.* Quid est enim tam furiosum, quam verborum, vel optimorum atque lectissimorum sonitus inanis, nulla subjecta sententia, nec scientia.

(2) Cervantes en el libro 1 de *Galatea,*

tió que de unas apretadas zarzas la entristecida voz salía; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes voces pronunciaba". No quiero pasar adelante para que nadie entienda que yo desprecio a un tan benemérito varón de la pureza castellana, de que fué gran maestro: fuera de que entiendo seriamente que en sus escritos logró (1), *"que el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no le desprecie, ni el prudente deje de alabarla", y que por último, "llevó la mira puesta a derribar (y lo consiguió felizmente) la máquina mal fundada de caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos más". ¡Inmortal hazaña de su valentísimo ingenio! Y aún del vicio antecedente se fué después enmendando poquito a poco, experimentando, sin duda, que nuestra lengua, que carece de la variedad de casos, no admite en sus cláusulas tan artificiosa colocación como la griega y latina, y que en ella el artificio en tanto loable, en cuanto no se afecte apartándose del común modo de hablar. Sea para la poesía esa mayor licencia, y para los aprendices de ella la de ir anteponiendo*

---

(1) El mismo Cervantes en el Prólogo de la *Vida y Hechos del Ingenioso Caballero D. Quijote de la Mancha.*

siempre los genitivos aun en la prosa; porque acaso oyeron decir que Cicerón solía practicarlo así.

Pero dirán algunos impacientes que a dónde va mi discurso. Atended y lo veréis: que si no me engaño, por un breve rato he imitado al halcón, que si bien se va entreteniendo en dar algunos tornos, nunca pierde de vista la presa a que anhela, y con uno y otro giro va tomando ímpetu para arrojarse sobre ella.

Consiguieron algunos (bien que raros) la gloria de escribir con juicio y propiedad; pero la de acompañar ese decir con una composición muy dulce, constantemente suave y no afectada, y con un estilo enmendadísimo, casi estoy para decir, que se guardaba sólo para don Diego Saavedra. A los menos él mismo, como varón de cándido y sincerísimo juicio, sencillamente lo advirtió, diciendo así (1): *"Con estudio particular he procurado, que el estilo sea levantado sin afectación y breve sin oscuridad; empresa que a Horacio pareció dificultosa y que no la he visto intentada en nuestra lengua castellana. Yo me atreví a ella".*

No amo más a D. Diego que a mi propia libertad y juicio. Ingenuamente, pues, con brevedad diré lo que siento. Si consiste ser elo-

---

(1) En la Prefación de las *Empresas Políticas.*

cuente en pensar aquello que más conduce para convencer lo que se pretende, y en expresar eso mismo con claridad y dulzura, ¡cuán pocos ha habido en España que le hayan igualado! Yo sólo hallo uno u otro. Es tan valiente su decir, que al que no arrebata con la eficacia de la razón, a lo menos le lleva con la dulzura del estilo, siendo éste tal y tan harmonioso (principalmente cuando huye de amontonar sentencias) que sublima la razón y logra como trasportarla maravillosamente.

¿Pues qué diré de su claridad? No necesita de intérprete. Parece que tenía muy fija en la memoria aquella grande regla de Julio César (1) *de que se debe evitar una palabra no usada como peligroso escollo. Así vemos que sus obras son las que más libres están de antiquismos y lunares peregrinos, cosa muy de admirar, cuando por su erudición se ve que tenía siempre delante* Las Partidas *del Rey don Alfonso, y muchos escritores latinos y de otras lenguas, singularmente italianos, que en su tiempo tenían mayor aprecio que hoy.*

Pero no está en eso su mayor atención. Ninguna voz y frase vulgar de aquellas muchas, que suelen afear tanto en lenguaje de los ma-

---

(1) *A. Gellius, lib. 1. Noct. Attic., cap. 10.* Tanquam scopulum, sic fugias inauditum, atque insolens verbum.

yores hombres, se podrá hallar en sus obras. Léanse todas con reflexión; no se encontrará una. No es pequeña gloria, ni argumento leve de la perfección de su estilo, que hasta él casi ninguno hubiese sido capaz de evitar en todos sus escritos aquellos innumerables vulgarismos, que con mucha diligencia recogió el año 1626 *aquel católico Luciano, gran benemérito de la propiedad y pureza de la lengua castellana, don Francisco de Quevedo Villegas, en su* Cuento de cuentos, *donde se leen juntas las vulgaridades rústicas que había y hay en nuestra habla; las que va multiplicando de cada día la inconsiderada diligencia de muchísimos modernos indiscretamente aplicados a aumentar el vocabulario de los necios.*

Un estilo tan puro y limpio como el de don Diego Saavedra, no es conocido de aquellos que nunca aprobaron lo que cuesta escribir así. Pero alabanza será singularísima, la que habiéndola procurado tantos hombres doctos, sólo han conseguido lograrla el Padre Pedro de Rivadeneyra en todo lo que escribió, que fué muchísimo; D. Francisco de Quevedo Villegas en su Marco Bruto, *y en tal cual obra seria; el obispo de Tarazona, D. Fray Pedro Manero, gran maestro de la más hermosa elegancia; el Padre Antonio de Vieira (hablo de lo que escribió en castellano) de lenguaje castísimo, y muy pocos*

más, cuya memoria excuso por evitar a otros la nota de un oprobioso silencio. Dejo aparte a Santa Teresa de Jesús, porque si los ángeles hablaran, no hablarían de otra suerte.

Esta perfección en el decir, que logró don Diego, obligó a D. Nicolás Antonio, varón de grande y profundísimo juicio, a que en su Bibliotheca Hispana *dijese, que las nueve Musas asistieron para labrar y perfeccionar las* Empresas Políticas; *y fué tanta la aceptación que tuvieron, que aún viviendo D. Diego, vió repetida su impresión diferentes veces, comunicadas ellas al idioma italiano, y traducidas en latín por aquel eruditísimo discípulo de Justo Lipsio, Ericio Puteano.*

Pero porque el estilo campea más en una Historia, por no haberse de cortar con tan repetidas sentencias como piden los argumentos políticos, y porque son muy propias de la narración histórica la corriente y lisura, veamos ahora cómo se portó D. Diego en su Corona Gótica.

Mas para que entendáis llanamente cuán ingenuo soy, nunca he aprobado que D. Diego tan fácilmente se arrojase a escribir Historia. Es un empleo éste, que pide una increíble diligencia, gran sosiego y quietud de espíritu; cosas muy ajenas de un hombre totalmente entregado a los negocios públicos, peregrinando

siempre por naciones varias, sin asiento fijo; porque de Secretario que fué del eminentísimo cardenal D. Gaspar de Borja, pasó a ser Agente del Rey de España en la Corte romana; asistió en Ratisbona a un Convento electoral, en los Cantones Esguízaros a ocho Dietas; fué Plenipotenciario de la Serenísima Casa y Círculo de Borgoña en la Dieta general del Imperio celebrada en Ratisbona; poco después, en el Congreso de Munster, Plenipotenciario de Felipe IV para la Paz general con los holandeses, y últimamente Consejero de Indias. Cuán incomposibles eran estos grandes empleos con el de ser historiador, harto lo conoció y confesó el mismo D. Diego, cuando ingenuamente dijo (1): *"Obra es ésta que requería más tiempo y menos ocupaciones". Mas ya que quiso emprenderla por no estar ocioso, valiérale más omitir aquella confusa selva de impertinentes citas, que no añadiendo luz, antes sirven de oscurecer la verdad histórica. Digo esto, porque siento muchísimo ver allí citados aquellos abominables partos de falsedades indignas que produjo el capricho del Padre Jerónimo Román de la Higuera y de Antonio de Nobis, conocido por el nombre de D. Antonio Lupián Zapata, y otros tales; digo a Flavio Dextro,*

---

(1) En la Prefación de la *Corona Gótica*.

Marco Máximo, Luitprando y los semejantes a éstos, que tan mal empleados ilustraron, don Tomás Tamayo de Vargas, D. Lorenzo Ramírez de Prado, el Licenciado Rodrigo Caro, y algunos otros que por el camino que viviendo se hicieron plausibles, en opinión del vulgo, han conseguido ser despreciados de la posteridad atenta al examen de la verdad.

Pero dejando aparte la diligencia necesaria de un historiador, en que ciertamente se aventajaron a D. Diego, por la ociosidad de que lograron, el maestro Florián de Ocampo, Anbrosio de Morales, Jerónimo Zurita, el Padre Juan de Mariana, Antonio de Herrera, y algunos otros, sólo es mi intento proponer aquí el estilo de D. Diego, como ejemplar perfectísimo de la elocuencia española; la expedición, digo, en referir los sucesos; las máximas políticas tan del intento y sin afectación, la discreción en las cartas, la eficacia en los razonamientos; la lisura y corriente del decir. Yo comparo su historia a un río navegable, que corriendo arrebatadamente por su acostumbrado cauce, sin parecer que se mueve, nos va conduciendo presurosamente al destinado término; y aquellas oraciones, se me representan una extraordinaria avenida que lo inunda y arrebata todo. Nace esto, sin duda, de aquella dulce harmonía, con que dispuesto artificiosa-

mente lo que se dice (que siempre es alto y elevado) queda suspenso el oído, como si a él sonase la misma lira de Orfeo. Conseguía esto D. Diego, no atándose a pueriles reglas en que vanamente trabajan muchos, sino con haber acostumbrado sus oídos a aquella gran dulzura de los autores clásicos latinos y excedentes poetas castellanos de aquella edad, añadiendo la elección de las palabras y procurando ajustarlas al primoroso gusto de su delicadísimo oído.

Siento mucho que lo que voy diciendo no podrán entenderlo todos, sucediendo a algunos lo mismo que refería Gelio de aquel que no sabía como consultar a sus oídos (1); *o lo que a los ignorantes de la música, que aunque la oigan, no perciben su mayor primor. A los tales, suplico que lean tanto a D. Diego y a otros buenos autores, que lleguen a fastidiar los duros desapacibles estilos, que tanto alaban. Verán entonces cómo D. Diego, en su* Corona Gótica, *es el historiador español que mejor supo imitar el raro magisterio de enseñar deleitado, de Cayo Crispo Salustio; la grandeza en referir las cosas de Tito Livio, la solidez en los discursos políticos (sin afectarlos un ápice) de Cornelio Tácito, y todo aquello que en estos tres maestros de la Historia romana admira el*

---

(1) *A. Gellius, lib. 13. Noct, Attic., cap. 10.*

mundo tantos siglos ha. Que fuese ése su intento, lo dice él mismo, aun modestamente. Sus palabras son éstas (1): "*En el estilo procuro imitar a los historiadores latinos, que con brevedad y con gala explicaron sus conceptos, despreciando los vanos escrúpulos de aquellos que afectando en la lengua castellana la pureza y castidad de las voces, la hacen floja y desaliñada. Dote fueron de la latina la elegancia y las flores de la elocuencia; ¿pues por qué no ha de suceder en ella su hija la lengua castellana? ¿Por qué no hemos de atrevernos a escribir como escribieron aquellos grandes maestros? Séame lícito imitarlos, si no para ejemplo, para prueba*".

Pero lo que yo más admiro es que en esta Historia no se leen impropias frases poéticas para poder conseguir la grandeza del estilo, hazaña que muy pocas plumas modernas han podido blasonar. De cuanta dificultad sea haber de llegar a la mayor alteza del decir con una frase propia, lo conocerá cualquiera que repare, que aun las plumas primeras se han valido a cada paso de expresiones poéticas para deslumbrar con ellas al necio vulgo que, incapaz de conocer la perfección del estilo, pre-

---

(1) En la Prefación de la *Corona Gótica.*

fiere aquél, en que por más admirable, brilla más la impropiedad.

Tropezó en esto la delicada pluma de don Antonio Solís, siendo capaz de escribir con suma pureza y hermosura, como lo dan a entender sus discretas cartas familiares. No lo invento yo, sino que el mismo Solís lo dió a entender hablando en su Prólogo de las leyes de la Historia.

Mucho más que Solís ofendió también los oídos de los que saben distinguir la diferencia que hay entre poesía y prosa, el ilustrísimo obispo, D. Fray Damián Cornejo.

Pero más osado que entrambos D. Gabriel Alvarez de Toledo y Pellicer, primer Perfecto que fué de la Real Biblioteca, varón de juicio muy sublime y de toda aquella erudición que pudo adquirir un hombre que nunca saludó las escuelas, nos dejó una Historia, que además de estar llena de cuestiones Físicas y Teológicas, está toda entretejida de locuciones poéticas.

Pero observando y no siguiendo las huellas que dejaron estampadas estos tres varones, a quienes he querido nombrar, más por respeto y veneración de su memoria, que por introducirme censor, y con el justísimo deseo de exceptuarlos de la general invectiva que voy a hacer, han desfigurado tanto el lenguaje con

las locuciones poéticas algunos necios atrevidos, y se alaba tanto una cierta algarabía, que se desconoce ya el idioma natural. Agradeciera yo que nos dieran desatado en prosa aquel sublime género de hablar.

«Cuando me paro a contemplar mi estado (1).
Las Armas, y Varones señalados (2).

Pero ya es frecuente hablar de manera, que ni el mismo que escribe sabe lo que se dice. De aquí nace que como el vulgo admira lo que no entiende, yacen hoy despreciados los buenos libros, y comúnmente se aprecian los que sólo sirven para calificar la extravagancia de sus dueños. Elegantísima comparación me ofrece Manuel de Faria y Sousa (3). No me atrevo a omitirla:

«Atraviesa el prudente
la plaza, y es mirado de bien pocos;
mira infinita gente,
si la atraviesan desatados locos.
La gala más pulida,
pocos a ver convida;
una máscara vana
a mucho pueblo para verla afana».

Yo no puedo tolerar tan depravados juicios. Poco saben estos lo que cuesta escribir con claridad y pureza; y por eso se "enciman" (permí-

---

(1) Garcilaso.
(2) Luis Camoéns.
(3) En la égloga crítica *Manzanares.*

taseme una vez hablar como ellos y reírme de ellos con D. Francisco de Quevedo Villegas (1), *"se enciman (digo) en los precipicios inaccesos de otra, si no tan sidérea estimación, aplaudida"; y de esa fuerte manifiestan que son observadores diligentísimos de la* Aguja de navegar cultos.

Pero dejemos ya a los que, hazañeros del estudio embelesan al vulgo con un hechizo fantástico, y como falsarios de la elocuencia, imponen precio a un aparente estilo estimado del vulgo, no por otra causa, sino porque atiende sólo al engañoso sonido sin descubrir el alma.

Resta ahora que digamos algo de la REPUBLICA LITERARIA, *hija profunda del excelentísimo ingenio de D. Diego Saavedra; obra tan admirable, por cierto, que después de leída, ninguna alabanza es igual, ninguna exageración es arrojo. Yo entiendo que D. Diego aludió a ella cuando en el* Prólogo *de la* Corona Gótica *empezó diciendo: "Pudiera, oh lector, entretenerte con obra de más novedad y más estudio, que esta". Y de aquí se puede colegir cuanto apreciaba él este librito de oro; pues le prefería a una Historia general de España. A tan precioso Libro debo yo, sin duda, aquello poco que sé. El ha sido mi dirección en el*

---

(1) En la dedicatoria de la *Culta latiniparla.*

escogimiento de los libros, y siendo ésta (hablando de letras) la mejor enseñanza; bien me puedo honrar con el glorioso nombre de discípulo suyo. Cada día le estudio, y en cierto modo me parece que no le acabo de aprender, Cada vez encuentro nuevo gusto, y una enseñanza nueva y muy profunda, si me pongo a examinar los fondos de aquello que dice. De donde vengo a inferir que será eruditísimo quien le llegare a saber, y que es libro, que sólo no se debe estudiar, pues sin lección dilatada no se puede comprender.

Si atendemos bien a la invención de la obra, es tal, y tan admirable, que sólo ella puede competir con la de los más famosos escritores que produjo el mundo. Aquel Menipo de Italia, Trajano Bocalini, dijo varias veces, que después de Grecia, sola su Nación escribía con invención y arte. Esta vana arrogancia claramente arguye que no leyó Bocalini las Coplas *de Juan de Mena, ni el* Labricio Portundo *de Luis Megía, ni la famosa Comedia de* Calisto y Melibea, *vulgarmente conocida por el nombre de* Celestina, *ni las admirables* Lusiadas *de Luis Camoéns, ni otros muchísimos autores de la nación española. Pero sin sacudir el polvo a tales libros, parece que quisieron desmentir a Bocalini muchos grandes ingenios, escribiendo a porfía con maravillosa*

invención. Fray Lope Félix de Vega Carpio, D. Pedro Calderón de la Barca, D. Antonio de Solís, y otros muchos, dejaron muy atrás la invención cómica de Marco Plauto y Publio Terencio, que más fueron intérpretes, que autores de las comedias que escribieron. Miguel Cervantes Saavedra ha sido el milagro de la invención y arte, en sus Novelas, Ingenioso Caballero *y* Viaje del Parnaso, *librito raro que merece ser más conocido. D. Francisco de Quevedo Villegas fué casi igual a Luciano. El Padre Baltasar Gracián, si no hubiera afectado tanto el jugar de vocablos y su estilo hubiera correspondido en la pureza a su gran idea y erudición vastísima, hubiera escrito un* Criticón, *a quien la crítica más elevada no tuviera aliento de atreverse. Y por eso extrañó muchísimo que D. Lorenzo Mateu y Sanz, ocultándose en el nombre de Sancho Terzón y Muela, intentase morderle tan inútilmente, manifestando en su* Reflexión *la poca que tuvo en reprender tal vez, las alusiones ocultas que no entendía, común error de los que pretenden apoyar su crédito sobre los ajenos descuidos y facilísima censura, en que hasta el desdén es crítico. Aunque yo creo que D. Lorenzo tomó la pluma por un amor celosísimo de su patria, que creyó ofendida, y le pareció obligación des-*

agraviarla contra un autor, que no perdonó a la suya.

Prosigo ya; o acabo. Por fin D. Diego Saavedra, en lo que toca a inventar ingeniosamente, ha llegado a tanto, que ha vencido a todos. El fué el que con maravilloso artificio levantó sobre profundos cimientos de sólida erudición la REPUBLICA LITERARIA, *cuyos beneméritos ciudadanos vivían antes esparcidos por tantos siglos. En esta admirable obra (que es la que yo prefiero a todas las otras) es muy oculta su erudición, conocida sólo de los que con lección universal han fatigado la vida. Su agudeza, discreción y gracia, son casi incomparables; el estilo parece inimitable, y, por último, todo el libro, tal, que sólo él debe bastar en mi juicio para que D. Diego se tenga por un varón sumamente juicioso, sabio y elocuente.*

Lo que siento es que desfigurase tanto la malicia este libro, publicándole primero tan maltratado y con el mentido nombre del falso autor, D. Claudio Antonio de Cabrera. Desconoció al impostor y libro, D. Nicolás Antonio, sagacísimo juez de suposticios libros. De donde infiero yo que no debió leerle. Después le vindicó a su legítimo dueño D. José de Salinas; pero sin hacer mención de la impresión primera, y afeando miserablemente la segunda con notables descuidos y enormes yerros. Des-

tos ya le libré pocos años ha, y preocupé la censura en que pudo haber incurrido. Quiera Dios que algún día añada yo para su mayor inteligencia algunas notas. Procuraré entonces desahogar mi pecho, y con el testimonio que daré de su profunda erudición, podré hablar con mayor libertad. Ahora me contento con una breve y escasa apuntación de sus inmortales prendas, y me dedicaré de nuevo a estudiarle mejor, para repetir sus alabanzas más dignamente.

Vosotros, españoles generosos, que alentados de un espíritu amante de gloria, deseáis llegar a la elevada cumbre de la elocuencia castellana, si queréis subir por el camino más derecho y expedito, procurad seguir a este varón elocuentísimo. Enriqueced vuestro entendimiento de todo género de doctrina y erudición. Acaudalad en la memoria un aparato riquísimo de palabras y frases propias, trasponiéndolas tal vez decentemente. Pensad con solidez y discreción. Añadid razones al discurso, viveza a las sentencias, propiedad y claridad al decir, elegancia y número a la oración; y en fin, observad atentamente la invención, artificio y diligencia de D. Diego Saavedra (especialmente en sus Empresas, *y* REPUBLICA LITERARIA, *que son las obras que nos dejó más limadas), para que siguiéndole desde ahora a pasos lar-*

gos, lleguéis luego a alcanzarle, y aún le paséis adelante, siendo después a los siglos venideros los más perfectos ejemplares de la elocuencia castellana, en que aún debemos sudar y más sudar para que pueda competir con la latina y griega.

REPUBLICA LITERARIA

DE DON DIEGO SAAVEDRA FAJARDO

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros y de lo que va creciendo cada día, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, con que se han hecho ya trato y mercancía las letras, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para granjear, me venció el sueño, y luego el sentido interior corrió el velo a las imágenes de aquellas cosas, en que despierto discurría. Halléme a vista de una ciudad cuyos capiteles, de plata y oro bruñido deslumbraban la vista y se levantaban a comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla, y ofreciéndoseme delante un hombre anciano, que se encaminaba a ella, le alcancé, y trabando con él conversación, supe que se llamaba Marco Varrón, de cuyos estudios y erudición en todas materias,

profanas y sagradas, tenía yo muchas noticias por testimonio de Cicerón y de otros; y preguntando yo qué ciudad era aquélla, me dijo con agrado y cortesía que era LA REPUBLICA LITERARIA; y ofreciéndose a mostrarme lo más curioso de ella, aceté la compañía y la oferta y fuimos caminando en buena conversación. Por el camino fuí notando que aquellos campos vecinos llevaban más eléboro que otras hierbas; y preguntándole la causa, me respondió que la divina Providencia ponía siempre, vecinos a los daños, los remedios, y que así había dado a la mano aquella hierba para cura de los ciudadanos, los cuales, con el continuo estudio, padecían graves achaques de cabeza. Muchos buscaban el eléboro y anacardina para hacerse memoriosos, con evidente peligro de juicio. Poco me pareció que tenían los que le aventuraban por la memoria, porque, si bien es depósito de las ciencias, también lo es de los males; y fuera feliz el hombre si, como está en su mano el acordarse, estuviera también el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconsuela, y la de los males presentes nos atormenta.

Habiendo llegado a la ciudad, reconocí sus fosos, los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas, defendidas de cañones de ánsares y cisnes que disparaban

balas de papel. Unas blancas torres servían de baluartes, dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducían a menudos átomos, y recogidos éstos en cedazos cuadrados de hilo de arambre y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel, materia fácil de labrar y bien costosa a los hombres. ¡Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza próvidamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como a metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran providencia los retiró a regiones más remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar Océano, y por muros altas y peñascosas montañas, y el hombre industrioso busca artes e instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes y sacar aquella materia, que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos, de que aun no pudo cubrirse la desnudez, y de entre aquella basura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga, en aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era

de hermosas colunas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas (no sin misterio), parece que faltaba a sí misma la arquitectura, porque de los cinco órdenes solamente se veía el Dórico, duro y desapacible, símbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las colunas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve musas, con varios instrumentos de música en las manos, a las cuales había dado la escultura tal aire y movimiento (a pesar del mármol), que la imaginación daba a entender que imprimía en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo, donde las consideró inteligencias o almas la antigüedad. Clío parece que encendía en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. Tersícore elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. Erato daba números y compases a los movimientos de los pies. Polimnia avivaba la memoria. Urania se servía de ella para persuadir el ánimo a la contemplación de los astros. Calíope levantaba los espíritus heroicos a acciones gloriosas. Melpómene los alentaba con la memoria de muchos que merecieron con las hazañas los elogios. Talía, disimulando en el donaire la censura, a un tiempo entretenía y enseñaba. Y Euterpe formaba diversas flautas, acomodando a todas diferentes sentidos, con tal propiedad, que parecía que para cada

uno las había fabricado. Este frontispicio se remataba en la estatua de Apolo, cuya madeja de oro, con lustroso curso de luz, bajaba sobre los hombros. Ocupaba su mano derecha el plectro y la izquierda la lira; y aun sin herir las cuerdas, hacía harmonía al discurso, si no al oído, la propiedad.

Entramos por los arrabales y vimos que en ellos se ejercitaban aquellas artes que son calidades y hábitos del cuerpo, en las cuales se fatiga la mano, y poco o nada obra el entendimiento; hijas bastardas de las ciencias, que habiendo recibido de ellas el sér y las reglas por donde se gobiernan, las desconocen y obran sin saber dar la razón de lo mismo que están obrando.

Por estas artes mecánicas pasamos ligeramente, sin discurrir en ellas, aunque nos dió ocasión Dédalo Ateniense que, con una sierra y un barreno en la mano, hacía ostentación de haber sido el primer inventor de éste y otros instrumentos mecánicos.

Llegamos a aquellas artes en que el entendimiento discurre, y le obedece la mano, como instrumento suyo, las cuales son subalternas, y dependientes de las siete artes liberales, que se ocupan en las palabras y en las cantidades. A estas artes dividía de las mecánicas un apacible río, cuyas riberas se comunicaban por

una puente de mármoles y pizarras, a quien hacían puerta colunas de jaspe y diáspero, de cuyas cornisas pendían trofeos de instrumentos de las artes del dibujo; pinceles, tabolazas, escuadras, compases y buriles. En lo más alto de este frontispicio estaba representada la Arquitectura en una doncella de mármol, levantando el brazo derecho con un compás y el izquierdo estribando en una planta del edificio, y a sus pies, por el plano del pedestal, corrían estos dos versos de Miguel Angel:

Non ha l' ottimo Artista alcun concetto,
Che un marmo solo in se non circonscriva,

A su lado derecho tenía a la Pintura, sobre el capitel de una cornisa, con un pincel en la mano, y en la otra una tabolaza con diversos colores, y una máscara pendiente del cuello, y al lado izquierdo a la Escultura, coronada de laurel y reclinada sobre fragmentos de estatuas.

Ofrecióse a la vista después de esta puente una calle espaciosa por quien en uno y otro lado se levantaban en arco hermosos soportales habitados de los artífices del dibujo. Los primeros eran los arquitectos, y entre ellos Agátaro Ateniense se jactaba de la invención de esta arte. Sostrato delineaba en una planta

la torre del Faro. Espindaro Corintio el templo de Delfos. Caretes Lidio, el Coloso de Rodas. Sugila,, el mausoleo de Artemisa. Y Artemidoro el foro de Trajano. Otros se desvelaban en la perfección de las colunas, basas, pedestales, plintos, cornisas, arquitrabes y capiteles; todo en orden a la perfección de un edificio. Laborioso desvelo para la brevedad de la vida, en quien casi se alcanzan los primeros a los últimos suspiros.

Más adelante, con buriles de acero, Estratónico, Acragas, Mentor, Beto y Antípatro, esculpían en plata maravillosas figuras, entre las cuales Estratónico había grabado en una taza con tal arte un sátiro, que parecía haberle puesto vivo en ella, y que daba temor a las ninfas. Zópiro, en dos cántaros, realzaba con ingeniosos relieves las locuras de Orestes. Con notable atención acababa Pitias aquella admirable obra llamada la *Magriscia*, a quien nunca se atrevió la imitación.

En un soportal el rey Atalo se entretenía en ver tejer paños de varias figuras, muy preciado de su invención. Allí algunos troyanos se ejercitaban en bordar y matizar, y muchos flamencos, dignos de inmortal fama, copiaban en tapices (no sin envidia de la pintura y con injuria de la naturaleza), todas sus obras con admirable viveza, en que extrañé mucho que,

teniendo debajo de los telares el dibujo, sin ver lo que obraba la tejedora (por estar la faz del tapiz contrapuesta a la vista), salían después naturales las figuras. ¡Cuántas cosas con menos seguridad del acierto, obran así los príncipes, por el dibujo de las cosas, que les ponen delante, sin saber lo que firman ni lo que ordenan!

Entre estos artífices, un egipcio formaba de pedazos de mármoles y otras piedras, un cuerpo humano, con tal ingenio, que las que antes eran piedras pequeñas, colocadas allí, se convertían en músculos y venas. Arte de que se vale la política de estos tiempos para formar con menudos motivos desunidos entre sí el pretexto de acometer una guerra injusta y una usurpación violenta.

En otro soportal Alcamenes, Cricias, Nestocles y Agelades, esculpían en mármoles, y Pirgoteles se ocupaba en retratar a Alejandro Magno en piedras preciosas, licencia a éste sólo concedida, como también a Lisipo para retratarle en mármoles y bronces y a Apeles en tablas y lienzos. ¡Oh, gran privilegio del valor, en cuya alabanza pocos ingenios merecen poner las manos y a quien todas las cosas no son bastantes a ilustrar! Tenía Fidias unos peces entallados tan al vivo, que si les echaran agua nadarían. A un lado estaba aca-

bada la estatua de Belona, contenida en su mismo escudo, causando gran maravilla que, a pesar de la geometría, fuese igual al todo la parte, como si cada día no se viese lo mismo en la conveniencia de los príncipes, que siendo parte, es el todo. Entre los últimos, aunque de los primeros en el arte, estaba el caballero Urbino acabando la estatua de Dafne, medio transformada en laurel, en quien engañada la vista se detenía, esperando a que las cortezas acabasen de cubrir el cuerpo y que el viento moviese las hojas, en que poco a poco se convertían los cabellos.

Más adelante vivían los profesores de la Pintura, arte émula de la naturaleza, y remedo de las obras de Dios, sobre cuya invención había grandes contiendas. Gigas el de Lidia se gloriaba de haberla hallado. Pirro lo contradecía, y también los corintios y egipcios, preciándose vanamente de haber sido sus primeros inventores seis mil años antes que se usase en Grecia. Pleito que dificultosamente puede reducirse a prueba, porque casi insensiblemente, y sin alabanza de alguno, y con gloria de todos, se van perfeccionando las artes. Los cuerpos bañados de luz arrojaron sus sombras; en ellas advirtió el ingenio los perfiles y dieron ocasión al arte; siendo Ardices y Teléfano los primeros que, dibujándolos, man-

charon el cuerpo, comprehendido entre ellos. Polignoto y Aglasón usaron del color blanco y negro. Filodes, egipcio, inventó las líneas; Apolodoro el pincel y Antonelo el óleo, con que se eternizan las pinturas.

Con gran quietud íbamos viendo aquellas cosas, cuando la turbó una pendencia entre Ceusis y Parrasio, grandes competidores del pincel, y como los celos del ingenio son los mayores por tocar a la parte más principal del hombre, pasaron de la emulación a las manos, corrido Ceusis de haberse engañado con el lienzo de Parrasio, aunque procuraba reparar su engaño con haber pintado tan naturales unas uvas, que en un cestillo llevaba un niño, que los pájaros llegaban a picarlas, en que pudiera perder su arrogancia; porque, si bien la imitación de las uvas fué grande no lo fué la del niño, pues no espantaba a los pájaros. Tan vecinos están los errores de los aciertos, que un mismo lienzo los comprehende.

Compusimos la pendencia y pasamos adelante, donde vimos a Arístedes dando con el pincel tal movimiento y viveza a los cuerpos, que en ellos se descubrían los afectos y inclinaciones del ánimo. Protógenes tenía ya casi acabada la pintura de Hialiso, en que había trabajado siete años, sin comer ni beber más que altramuces remojados, porque otras vian-

das no le embarazasen el ingenio; obra que había de colocarse en el templo de la Paz; y así ponía en ella los últimos esfuerzos, y solamente le faltaba pintar la espuma de un perro. Procuró diversas veces imitarla al vivo, y siempre le salió vano el intento, hasta que, desesperado, le arrojó una esponja para borrar el cuadro. Quedé admirado de la cólera del pintor en lo que tanta fatiga le había costado; y mucho más de que el golpe de la esponja tirada acaso, dejase más bien pintada la espuma de lo que había pretendido el arte. De donde aprendí que muchas veces acierta el acaso lo que erraría el cuidado y atención; y que tal vez conviene obrar con los primeros ímpetus de la naturaleza, a los cuales suele gobernar un movimiento divino, para que se conozca que, no la prudencia de los hombres, sino la Providencia de Dios, asiste a las cosas.

El hábito y el aire español me obligó a poner los ojos en Navarrete, el mudo, a quien envidiosa, quitó la voz la naturaleza, porque antevió que, en emulación de sus obras, habían de hablar las de aquel gran pintor. Después dél estaba retratando al rey Felipe IV Diego Velázquez, con tan airoso movimiento y tal expresión de lo majestuoso y augusto de su rostro, que en mí se turbó el respeto, y le incliné la rodilla y los ojos.

En esta variedad de pinturas entretenía la vista, cuando llegamos a un corro de gente, donde se disputaba de la precedencia entre la Pintura y la Escultura. Lisipo defendía que debía ser preferida la Escultura, porque para ella se requería más cierta noticia de las medidas y mayor destreza en los delineamentos; donde, cometido un error, no se puede enmendar; obra que está expuesta a la verdad del tacto, y de la vista, cuya perfección por todos los lados ha de constar, y cuya materia es más preciosa y más durable que las tablas y lienzos de la Pintura, por lo cual conserva más la memoria de los grandes varones y anima más a lo glorioso. Apeles procuraba con varias razones y argumentos mostrar la ecelencia de la Pintura. "Esta (decía), es una muda historia, que pone delante de los ojos muchas acciones juntas; las cualidades, cantidades, el lugar, los movimientos, con gran delectación y enseñanza del ánimo. Pocas veces esculpe el buril, y ninguna deja de copiar el pincel. Si la Escultura, con lo grosero de la materia, descubre la cuantidad de los cuerpos, la Pintura, con la aplicación de las luces y sombras, los realza en una superficie plana. En la Escultura los cuerpos conservan su justa distancia; la Pintura, o los aparta o los atrae, los une o los dilata con tal arte, que deja burlados los

ojos y aun corrida a la naturaleza. Válese del color, que es quien da su último sér a las cosas, y quien más descubre los movimientos del ánimo." Las voces y disputa del uno y del otro, habrían pasado a pendencia si Miguel Angel, como tan gran pintor y escultor, no los despartiera, mostrando en tres círculos, que se cortaban entre sí, que estas dos artes, y la Arquitectura eran iguales, dándose fraternalmente las manos las unas a las otras.

Dejando esta contienda entramos en la ciudad por una puerta coronada de una media esfera, donde, trabadas las manos, se veían las siete artes liberales: la Gramática, Dialéctica, Retórica, Aritmética, Música, Geometría y Astronomía. Las puertas eran de aquel bronce o metal corintio, que tanto celebró la antigüedad, grabadas con tan hermosos relieves de figuras, que me obligó a preguntar a Polidoro quién era el artífice y qué historia contenían. "En esta puerta (me dijo), está grabada la invención de la tinta por mano de un gran artífice, florentín, cuyo ingenioso y sutil buril, dilata su fama por los confines de la tierra. ¿No ves (me explicaba levantado el brazo y tendida la mano) aquella turba de hombres, que con grave y severo semblante despreciador de todos los sentimientos y comodidades humanas, mira con desestimación aquella

doncella, que, con una corona de oro en la cabeza y un clarín en la mano, da muestras de huir, corrida de sus baldones y desprecios, queriendo volar sobre aquel áspero monte? Esta, pues, es la Gloria y aquéllos son los filósofos estoicos, que se burlan de ella, excluyéndola del número de los verdaderos bienes del hombre, como a felicidad ajena del ánimo y fuera de su potestad, nacida de la opinión ajena, de lo cual afrentada, levanta el vuelo, y seguida de algunos espíritus alentados, llega a la cima del monte, y postrada a los pies de la Virtud, su madre, que vive entre aquellas soledades, acompañada de la Vigilancia, de la Fatiga y del Arte (damas que siempre la asisten), le refiere los agravios y desestimaciones de los filósofos. La virtud la consuela, representándole los efectos de su fama en los hechos de los varones pasados y de aquellos que en los siglos venideros han de abrir por el océano nuevos rumbos y caminos, hasta descubrir otros mundos, siendo estrecho a sus ánimos el que hoy se conoce. Con lo mismo (le responde la Gloria) que procuras, oh madre mía, consolarme, acrecientas la causa de mi llanto; porque, si bien es grande esta fama, tú sabes que es vana y caduca, pendiente de los labios ajenos y formada de palabras ligeras, hijas del viento, de quien nacen y en quien luego mueren, dejando triunfante al Olvido, mi mayor

enemigo. Estas palabras de la Gloria, acompañadas de lágrimas, como lo descubre su semblante, obligan a la Virtud a ordenar al Arte (que es aquella doncella en cuyos hombros tiene puesta la mano), que procure el remedio con que pueda perpetuarse la Fama. Obedece el Arte y más adelante la verás consultar el remedio con la Noche, representada en aquella doncella, cuyo manto sembrado de estrellas le cubre la mitad del rostro. Esta le dice que, así como en lo obscuro de su manto escribió el gran Arquitecto de los orbes sus eternos decretos con caracteres de luz, así sobre blanca carta se podían delinear con tinta negra los conceptos del ánimo, dándoles cuerpo y fijando, a pesar del Olvido, las palabras, con la misma obscuridad que él procuraba sepultar a la Fama. El arbitrio de la Noche agradó al Arte, y queriendo disponerse a hacer la tinta, los dioses que entre aquellas nubes están atentos al caso, anteviendo que con tal invención había la Gloria de llegar a ser diosa, procuran anticiparse a linsojear su voluntad, y, para perfección de la obra que intenta, Baco le subministra el vino, Júpiter las agallas de encina, Pomona la goma arábiga, Vesta el vitríolo, Febo el calor, del cual, y de aquellos materiales, resulta la tinta, que está en aquellas redomas, y has visto en esos fosos, que

es la que hace inmortal a la Gloria y por quien se conserva esta República.

En la otra puerta un artífice español, que debe su ser a las riberas del río Segura y a la envidia y emulación, más que a la fortuna, grabó la invención de la Imprenta. En ella verás cómo la Religión, habiendo peregrinado por varias regiones del mundo, mal conocida y profanada de ellas, llega a España y el Tajo la venera y adora con verdadero culto, levantándole templos y reconociendo en ella un solo Júpiter, primera causa de las cosas. Agradecida la Religión a las demostraciones del Tajo, representa en el concilio de los dioses la obligación en que ha puesto a aquella suprema deidad de Júpiter, por quien obren las demás, no como diferentes, sino como partes producidas de su eterno ser. Pondérase en el concilio la importancia de este servicio, confiérese el premio que le compete, y casi todos concuerdan en que se le dilate al Tajo su monarquía por los términos de Europa y costas de Africa. Al gran padre de los dioses, Océano, le parece corto galardón para nación tan gloriosa, y propone a los dioses aquella separación de otro mundo, no conocido, o ya olvidado de los hombres, después que la fuerza de las olas le retiraron y tantos montes y valles de agua le hicieron incomunicable. El descubrimiento y con-

quista de este nuevo mundo, dice que sería premio debido a la piedad y valor de los españoles. Aprueban su parecer los demás dioses; ofrécense dificultades en su ejecución, si se hace esto, dejando correr los medios ordinarios, por la dificultad de reducir a la obediencia y al gobierno político provincias tan dilatadas y tan distantes entre sí, pobladas de numerosas naciones, con un pequeño número de gente. Pero la incomprehensible sabiduría de aquel celestial cónclave dispensó los medios, facilitando Nereo la navegación con la invención de la piedra imán, Marte, la pólvora, Vulcano fabrica los arcabuces, con que armados de rayos los españoles sujeten la multitud de aquellos bárbaros. Y para que entre ellos puedan mejor dilatar la religión por medio de los libros, excusando el inmenso trabajo de los escritores sus errores y ignorancias, inventa Mercurio los caracteres de la imprenta, labrados por Vulcano en puntas de plomo, y otros metales blandos. Plutón mezcla el humo con la linaza y trementina, y hace un betún con que bañadas las letras y oprimidas con la prensa, dejen en el papel trasladadas sus figuras, y pueda el más ignorante tirar en un día, sin saber escribir, infinito número de pliegos escritos."

Parecióme ingenioso lo grabado en aquellas

puertas; y entrando a lo interior de ellas, ví por los espacios de diversos arcos, pintados los inventores de las letras o caracteres. Los primeros eran caldeos. Después los asirios y fenices, entre los cuales estaba Palamedes, que en el cerco de Troya halló cuatro letras, y Simónides inventor de otras tantas y Cadmo de diez y seis. Allí también vimos retratado al Emperador Claudio César, por haber añadido cuatro letras a la lengua griega.

Dos gramáticos cargados de cejas y prolijos de barbas, vestidos a la antigua, con escarcelas al lado y llaves pendientes del cinto, eran porteros y guardas de aquellas puertas, tan soberbios y insolentes con la confianza que se hacía de ellos, que por no pasar por sus manos, estuve ya para volver atrás. Pero la curiosidad me obligó a la paciencia; y habiendo entrado, se me ofreció a la vista un hermoso edificio, a quien dejaba espacioso lugar una plaza cuadrada, el cual, según me dijo Polidoro, era la Aduana, donde se descargaban los libros, que de todas las naciones del mundo se enviaban a aquella República. Casi toda la plaza estaba ocupada de acémilas cargadas de ellos; y algunas, aunque traían un libro solo, llegaban sudadas y anhelantes. Tal es el peso de una carga de necedades, insufrible aun a los lomos de un mulo.

Recibían estas cargas diversos censores ancianos, cada uno destinado para los libros de su profesión, los cuales, con riguroso examen reconocían, y sólo dejaban pasar para servicio de aquella República, los libros que con propia invención y arte eran perfectamente acabados, y podían dar luz al entendimiento, y ser de beneficio al género humano; y a los demás, por lograr el papel, ya que se había perdido el trabajo, destinaban (no con mal gusto) para los usos y ministerios caseros de la República, burlándose del vano apetito de gloria de sus autores.

Acerquéme a un censor y vi, que recibía los libros de Jurisprudencia, y que enfadado con tantas cargas de lecturas, tratados, decisiones y consejos, exclamaba: "¡Oh Júpiter! Si cuidas de las cosas inferiores, ¿por qué no das al mundo de cien en cien años un Emperador Justiniano, o derramas ejércitos de godos, que remedien esta universal inundación de libros?" Y sin abrir algunos cajones los entregaba, para que en las hosterías sirviesen, los civiles de encender el fuego, y los criminales de freír pescado y cubrir los lardos.

Otro censor recibía los libros de Poesía, en que había gran número de poemas, comedias, tragedias, pastorales, piscatorias, églogas, y otras obras satíricas, y con mucha risa

aplicaba los libros de materias amorosas para hacer cartones a las damas y capillos a las ruecas, devanadores, papelones de grajea y anís, y también para envolver las ciruelas de Génova. Los libros satíricos entregaba para papeles de agujas y alfileres, para envolver la pimienta, dar humo a narices y hacer libramientos. De estas obras muy pocas vi que libres del examen mereciesen el comercio y trato. Lo mismo sucedía a los que llegaban con materias de Astronomía, Astrología, Nigromancia, Sortilegios, Adivinaciones y Alquimia; porque a casi todos enviaban para hacer cohetes y invenciones de fuego.

El censor que recibía los libros de Humanidad estaba muy afligido, cercado por todas parde diversos comentarios, cuestiones, anotaciones, escolios, observaciones, castigaciones, centurias, lucubraciones, y de cuando en cuando soltaba la risa, viendo algunos libros en latín, y aun en vulgar, con el título en griego, con que sus autores querían dar autoridad a sus obras, como los padres que llaman a sus hijos Carlos o Pompeyos, creyendo que con estos nombres les infunden el valor y la nobleza de aquéllos. Algunos de estos libros reservó el censor, y a los demás deputó para que en las boticas se cubriesen con ellos los botes, cuyos títulos están en griego, siendo nacionales los

simples que contienen. Reíme de la aplicación y celebré el donaire con que castigaba también la vana ostentación de los que esparcen por sus libros lunares de palabras griegas.

Gran parte de los libros de Historias estaban excluídos del templo y destinados para hacer arcos triunfales, estatuas de papel y festones; como también los de Medicina para tacos de arcabuces, no menos ofensivos que las balas; y los de Filosofía para florones, gatos y perros de cartón.

De las partes setentrionales, y también de Francia e Italia, venían caminando recuas de libros de Política y razón de Estado, aforismos, diversos comentarios sobre Cornelio Tácito y sobre las repúblicas de Platón y Aristóteles. Recibía esta dañosa mercancía un censor venerable, en cuya frente estaba delineado un ánimo cándido y prudente, el cual, llegando estas cargas, dijo: "¡Oh libros, aun para reconocidos peligros, en quien la verdad y la religión sirven a la conveniencia! ¡Cuántas tiranías habéis introducido en el mundo y cuántos reinos y repúblicas se han perdido por vuestros consejos! Sobre el engaño y la malicia fundáis los aumentos y conservación de los estados, sin considerar que pueden durar poco sobre tan falsos cimientos. La religión y la verdad son los fundamentos firmes y esta-

bles, y solamente feliz aquel príncipe a quien la luz viva de la naturaleza, con una prudencia cándidamente recatada, enseña el arte de reinar". Ponderé mucho la gravedad de estas razones y juzgué por ellas, que de aquellos libros mandaría hacer rehiletes que a cualquiera viento, y a veces sin él, se mueven al fin de quien los conduce; y también máscaras; porque todo el estudio de los políticos se emplea en cubrir el rostro a la mentira y que parezca verdad, disimulando el engaño y disfrazando los designios; pero todos los mandó entregar al fuego, y preguntándole la causa, me respondió: "Este papel trae tanto veneno, que aun en pedazos y por las tiendas sería peligroso al público sosiego; y así más seguro es, que le purifiquen las llamas." Algo me encogí, temiendo aquel rigor en mis *Empresas políticas*, aunque las había consultado con la piedad, y con la razón y justicia.

Dolióme tanto de ver malogrado el trabajo de tantos ingenios, que volví el rostro a aquel examen, y entrando dentro de aquellas aduanas, me divertí en una sala cuadrada, que era del contraste, donde se pesaban los ingenios y se les daba la justa y debida estimación. En el techo resplandecía el octavo cielo con todas sus constelaciones, atravesado el Zodíaco, en el cual se veían los doce signos. Formábase

este círculo sobre cuatro ángulos, en los cuales se ofrecían resalidos los cuatro vientos principales. El Euro entre blancas nubes; el Austro arrebolado y fogoso; el Favonio vertiendo flores, y el Aquilón sacudiendo de su obscuro manto nieve y granizo; y por el espacio de las cuatro paredes estaban los cuatro tiempos del año. La Primavera, coronada de rosas; el Estío, de espigas; el Otoño, de pámpanos, y el Invierno de secos y erizados cambrones. En medio de esta sala pendía una romana grande, y a su lado un pequeño peso. Con aquella se pesaban los ingenios por libras y arrobas; y con éste los juicios por adarmes y escrúpulos.

Más adelante, a la luz de una ventana, Hernando de Herrera, con gran atención, cotejaba los quilates de unos ingenios con otros en una piedra de parangón, en que me pareció que cometería algunos errores, porque muchas veces no son los ingenios como parecen a la primera vista. Algunos son vivos y lucientes al parecer, pero de pocos quilates; otros, aunque sin ostentación, tienen grandes fondos. Con todo eso quise saber de él (como quien era tan versado en los poetas toscanos y españoles de nuestros siglos), en la estimación que los tenía, y preguntándoselo con cortesía, me respondió con la misma en esta conformidad:

"Cayó el Imperio romano y cayeron (como es ordinario), envueltas en sus ruinas, las ciencias y artes, hasta que dividida aquélla grandeza, y asentados los dominios de Italia en diferentes formas de gobierno, floreció la paz y volvieron a brotar a su lado las ciencias.

Petrarca fué el primero que en aquellas confusas tinieblas de la ignorancia sacó de su mismo ingenio, como de rico pedernal de fuego, centellas con que dió luz a la poesía toscana. Su espíritu, su pureza, su erudición y gracia, le igualó con los poetas antiguos más celebrados.

El Dante, queriendo mostrarse poeta, no fué científico, y queriendo mostrarse científico no fué poeta, porque se levanta sobre la inteligencia común sin alcanzar el fin de enseñar deleitando, que es propio de la poesía, ni el de imitar, que es su forma.

Ludovico Ariosto, como de ingenio vario, y fácil en la invención, rompió las religiosas leyes de lo épico, en la unidad de las fábulas y en celebrar a un héroe solo, y celebró a muchos en una ingeniosa y varia tela; pero con estambres poco pulidos y cultos.

De esta licencia usó el Marino en su Adonis, más atento a deleitar que a enseñar, cuya

fertilidad y elegancia forman un hermoso jardín con varios cuadretes de flores.

Más religioso en los precetos de el arte se mostró Torcuato Taso, en su poema, ara a quien no se puede llegar sin mucho respeto y reverencia.

Lo mismo que a los italianos, sucedió también a los ingenios de España. Oprimió sus cervices el yugo africano, de cuyas provincias pasaron a ella sierpes bárbaras, que pusieron miedo a sus musas, las cuales trataron más de retirarse a las montañas que de templar sus instrumentos, hasta que Juan de Mena, docto varón, les quitó el miedo y las redujo a que entre el ruido de las armas levantasen la dulce harmonía de sus voces. En él hallarás mucho que admirar y que aprender; pero no primores que imitar. Tal era entonces el horror a la villana ley de los consonantes, hallada en medio de la ignorancia, que se contentaban con explicar en copla sus concetos, como quiera que fuese.

Florecieron después el Marqués de Santillana, Garci-Sánchez, Costana, Cartagena y otros, que poco a poco fueron limando sus obras.

Ausias March escribió en lengua lemosina y se mostró agudo en las teóricas y especulaciones de amor, y aun dió pensamientos a Pe-

trarca para que, con pluma más elegante, los ilustrase y hiciese suyos.

Ya en tiempos más cultos escribió Garci-Laso, que, con la fuerza de su ingenio y natural, y la comunicación de los extranjeros, puso en un grado muy levantado la poesía. Fué príncipe de la lírica, y con dulzura, gravedad y maravillosa pureza de voces, descubrió los sentimientos del alma, y como éstos son tan propios de las canciones y églogas, por eso en ellas se venció a sí mismo, declarando con elegancia los afectos y moviéndolos a lo que pretendía. Si en los sonetos es alguna vez descuidado, la culpa tienen los tiempos que alcanzó. En las églogas, con mucho decoro, usa de locuciones sencillas y elegantes, y de palabras cándidas que saben al campo y a la rustiquez de la aldea; pero no sin gracia y con profunda ignorancia, y vejez, como hicieron Mantuano y Encina en sus églogas; porque templa lo rústico con la pureza de voces propias, imitando a Virgilio.

En Portugal floreció Camoens, honor de aquel reino. Fué blando, amoroso, concetuoso y de grande ingenio en lo lírico y en lo épico.

En los tiempos de Garci-Laso escribió Boscán, que por ser extranjero en la lengua, merece mayor alabanza, y se le deben perdonar algunos descuidos en las voces.

Sucedió a éstos don Diego de Mendoza, el cual es vivo y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo, pero flojo e inculto.

Casi en aquellos tiempos floreció Cetina, afectuoso y tierno, pero sin vigor ni nervio.

Ya con más luz nació Luis de Barahona, varón docto y de levantado espíritu. Pero sucedióle lo que a Ausonio, que no halló con quien consultarse, y así dejó correr libre su vena, sin tiento ni arte.

Este mismo tiempo alcanzó Juan de Arjona, y con mucha facilidad intentó la traducción de Estacio, encendiéndose de aquel espíritu; pero, prevenido de la muerte, la dejó comenzada. Muestra gran viveza y natural, siguiendo la ley de la traducción, sin bajarse a menudencias y niñerías, como Anguilara en la traducción o perifrasis de los Metamorfóseos de Ovidio.

Don Alonso de Ercilla, aunque por la ocupación de las armas no pudo acaudalar la erudición que para estos estudios se requiere, con todo eso, en la *Araucana*, mostró un gran natural y espíritu, con fecunda y clara facilidad.

En nuestros tiempos renació un Marcial cordobés en don Luis de Góngora, requiebro de las Musas y corifeo de las Gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor

supo jugar con ella, y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural, es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus concetos, como le sucedió después, queriendo retirarse del vulgo y afectar obscuridad; error que se disculpa conque aun en esto mismo salió grande, y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló después tanto más estimado cuanto con más cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas.

Contemporáneo suyo fué Bartolomé Leonardo de Argensola, gloria de Aragón y oráculo de Apolo, cuya facundia erudición y gravedad, con tan puro y levantado espíritu y tan buena elección y juicio, en la disposición, en las palabras y sentencias, serán eternamente admiradas de todos y de pocos imitadas. La pluma poco advertida afeó sus obras, y después la estampa, por no haberlas entendido: peligro a que están expuestas las impresiones póstumas.

Lope de Vega es una ilustre vega del Parnaso, tan fecundo que la elección se confundió en su fertilidad y la naturaleza, enamorada de su misma abundancia, despreció las seque-

dades y estrechezas del arte. En sus obras se ha de entrar, como en una rica almoneda, donde escogerás las joyas que fueren a tu propósito, que hallarás muchas."

Sin reparar en el orden y disposición, agradecí la relación de estos ingenios, y saliendo de aquellas aduanas, nos detuvo el ruido de confusas voces, que salían de unas escuelas que estaban al lado. Quise reconocerlas y vi que Antonio de Lebrija, Manuel Alvarez y otros enseñaban a la juventud la Gramática, porque sin su perfeto conocimiento, ninguno podía ser ciudadano de aquella república. La multitud de reglas y precetos era grande, y si bien Sánchez Brocense las había reducido a menos en su docta Minerva (a quien Gaspar Sciopio más dió a conocer que añadió) con todo eso oprimían la capacidad de aquellos mancebos, y muchos, impacientes, dejaban el estudio, y aunque eran hábiles para las ciencias, tenían tal oposición a la Gramática, que se aplicaban a las armas, o a las artes mecánicas, sin llegar a ser ciudadanos de aquella república, con grave daño de ella. Otros, después de cuatro o cinco años, apenas sabían la lengua latina; con que, pasada la edad apta para las ciencias, quedaban inhábiles para ellas. Mucho me lastimé de esto, reconociendo que era la principal causa de la ignorancia, y pregunté a Mar-

co Varrón que por qué se perdía tanto tiempo en solo enseñar una lengua, que sin precetos, con el uso y ejercicio se podía aprender en cuatro meses, como se aprenden las demás lenguas, y por qué razón no se enseñaban las ciencias en las maternas, como hicieron los griegos, y después los romanos, pues casi todas son capaces de ello; a que me respondió así:

"Muchos no aprueban este estilo de enseñar la Gramática, pero hay costumbres que todos las reprueban, y todos corren con ellas; y en España no es mayor daño el de los precetos, sino el descuido de los padres, en no aprovecharse de la infancia, apta y dispuesta para las lenguas por la misma naturaleza; lo cual, reconocido de las demás naciones, apenas empiezan a pronunciar los niños cuando les ponen en las manos el abecedario y el arte latino. En cuanto a las ciencias no convino hacerlas vulgares con la lengua materna; porque reducido el mundo después de la caída de los romanos a varios dominios, y perdida la lengua latina, que era común a todos, fué necesario mantenerla, no solamente por los libros doctos que había escritos en ella, sino también porque las naciones pudiesen gozar de las especulaciones y prácticas que cada una de las demás hubiese observado, puestas en una len-

gua común y universal, lo cual no pudiera ser sin el prolijo trabajo de las traducciones, en quien pierden su gracia y fuerza las cosas."

Después de estas escuelas estaban las más celebradas universidades del mundo: la Beritense, restaurada por los emperadores Diocleciano y Maximiano, y después por Justiniano; la de Bolonia, que levantó Teodosio; la Patavina, la Babilónica, y las de Viena, Ingolstat, Salamanca, Alcalá, Coimbra y otras. Grande era el ruido de los estudiantes. Unos con otros voceaban, encendidos los rostros y descompuestas las manos. Porfiaban todos y ninguno quedaba convencido. De donde conocí cuán acertado fué el jeroglífico de los egipcios, que significaban las escuelas por la cigarra. En algunas de las universidades no correspondía el fruto al tiempo y trabajo. Mayor era la presunción que la ciencia; más lo que se dudaba que lo que se aprendía; el tiempo, no el saber, daba los grados de Bachilleres, Licenciados y Dotores, y a veces solamente el dinero, concediendo en pergaminos magníficos, con plomos pendientes de hilos, potestad a la ignorancia, para poder explicar los libros y enseñar las ciencias, y hallarse en uno destos grados.

Pasaban en buen orden los historiadores griegos y latinos, y de otras naciones. Deseoso

yo de reconocellos, les salí al paso, pidiendo a Polidoro que, uno a uno, me refiriese sus nombres y sus cualidades.

"Este (me respondió), que camina con pasos graves y circunspectos, es Tucídides, a quien la emulación a la gloria de Herodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponeso.

Aquel de profundo semblante es Polibio, que en cuarenta libros escribió las Historias Romanas, de los cuales solamente han quedado cinco, a que perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastián Maccio, que ignorantemente lo maltrataba, sin considerar que es tan docto, que enseña más que refiere.

El que con la toga lisa y llana, y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es Plutarco, tan versado en las artes políticas y militares, que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces, atrae a sí los ánimos, es Xenofonte, a quien Diógenes Laercio llamó Musa Atica, y otros con más propiedad Abeja Atica.

Este vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es Cayo Salustio, grande

enemigo de Cicerón, en quien la brevedad comprehende cuanto pudiera dilatar la elocuencia, aunque a Séneca y a Asinio Polión parece oscuro, atrevido en las traslaciones, y que deja cortadas las sentencias.

Aquel de las cejas caídas, y nariz aguileña, con antojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es Cornelio Tácito, tan estimado del Emperador Claudio, que mandó se pusiese su retrato en todas las librerías, y que diez veces al año se escribiesen sus libros. Pero no bastó esta diligencia para que no ocultase el olvido la mayor parte de ellos, y que los demás estuviesen sepultados por muchos años, sin que hiciesen ruido en el mundo hasta que un flamenco le dió a conocer a las naciones que también ha menester valedores la virtud. Pero no sé si fué en esto más dañoso al sosiego público que el otro inventor de la pólvora. Tales son las doctrinas tiranas y el veneno que se ha sacado desta fuente; por quien dijo Budeo, que era el más facinoroso de los escritores. A semejante peligro se exponen los que escriben en tiempo de príncipes tiranos, que si los alaban, son lisonjeros; y si los reprehenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos. Pero esta calumnia se recompensa con lo que otros alaban en él; pues Plinio Cecilio le llama, elo-

cuente; Vopisco, fecundo; Esparciano, puro y cándido; Bodino, agudo, y Sidonio, digno de toda alabanza.

Repara en la serena frente, y en los eminentes labios de éste, que parece destilan miel y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores, porque es Tito Livio, de no menor gloria a los romanos, que la grandeza de su Imperio. Huyó de la impiedad de Polibio, y dió en la superstición. Así, por librarnos de un vicio damos alguna vez en el opuesto.

No menos debes considerar la garnacha de Cayo Suetonio Tranquilo, que viene después de él tan perfectamente acabada, que quien la quisiere mejorar, la gastaría. En su semblante conocerás la impaciencia de su condición, que no puede acomodarse a la lisonja, ni a tolerar los vicios de los príncipes, aunque sean ligeros, si pueden serlo los que comete la cabeza de la República, cuyas acciones imita ciegamente el pueblo, sin que la lisonja o lo abatido de la servidumbre repare en si son buenas o malas; antes todas le parecen buenas, porque no de otra suerte que suele la estimación del Príncipe a esta especie de piedras preciosas más que a aquéllas darles mayor valor en la opinión del vulgo, aunque en su naturaleza no le tengan; así estiman los vasallos por loables las costumbres depravadas, que ven

ejercitadas y aprobadas en la cabeza que los gobierna.

El que con la espada en la una mano, y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz a los enemigos, que con la elegancia a los que quieren imitarle, es Julio César, último esfuerzo de la naturaleza, en el valor, en el ingenio y juicio, tan industrioso, que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores. ¿Pero quién es tan constante amigo de la verdad que los descubra, o tan retirados de sí, que los reconozca? Pues si el afecto a otros suele dar diferentes luces a las cosas ajenas, ¿qué fuerza tendrá en las obras propias, y principalmente en aquellas que son hijas del ingenio y del valor?

El vestido a lo cortesano, aunque llana, y sencillamente, sin arreo ni joyas, es Felipe Comines, señor de Argentón, cuya frente (en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte) tendida descubre su buen juicio.

El otro de prolija barba, mal ceñido y flojo, es Guichardino, gran enemigo de la casa de Urbino.

El que va a su lado con un ropón de martas, que apenas puede darle bastante calor, es Paulo Jovio, adulador del Marqués del Basto y de los Médicis, y enemigo declarado de los

españoles; vicios que desacreditan la verdad de su Historia.

El otro de largas y tendidas vestiduras, es Zurita, a quien acompañan don Diego de Mendoza, advertido y vivo en sus movimientos, y Mariana, cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona a la suya, y la condena en lo dudoso. Afecta la antigüedad, y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo."

Informado así de las calidades de aquellos historiadores, pasamos adelante, y vimos a un lado y otro de aquellas Universidades, las librerías más insignes que celebró la edad presente y la pasada. Aquella de Tolomeo Filadelfo con cincuenta mil cuerpos de libros; la Ambrosiana de Milán con cuarenta mil; la Octaviana, Gordiana y Ulpia; la Vaticana; la del Escurial; y la Palatina. En ellas hallamos muy antiguos libros, escritos en varias materias. Los más antiguos en hojas de palmas, cosidas sutilmente entre sí, y en aquellas túnicas blancas, que están entre las cortezas y los troncos de los árboles, que se llamaban libros, de donde quedó este nombre. Otros en planchas sutiles de plomo, y en tablas bañadas de cera, sobre que se entallaban los caracteres con un buril de hierro, llamado estilo, de donde también se dedujo el

bueno o malo estilo. Otros libros hallamos escritos en unas membranas tejidas de los hilos interiores de un árbol como junco, hallado en Egipto cuando aquella región se sujetó a Alejandro Magno, aunque hay quien le da mayor antigüedad. Este árbol se llamaba papiro, y de aquí nació el nombre de papel; como también de carta, porque se labraba en una ciudad deste nombre cerca de Tiro. Vimos también otros libros en pieles de animales, llamados pergaminos por haberse hallago en Pérgamo, cuando el Rey Tolomeo Filadelfo mandó echar un bando, que no se sacase de su reino el papel, envidioso de que Eumenes, rey de Atalia no juntase otra librería tan insigne como la suya. Así alguna vez, a costa del trato y comercio de sus vasallos, sustentan los príncipes sus emulaciones y envidias. Estos libros no estaban encuadernados como los que hoy se usan, sino revueltos (de donde se llamaron volúmenes) a unos garrotes de madera, ébano y marfil, con los pomos de plata y piedras preciosas.

Todos estos edificios me parecieron unas disposiciones de aquella ciudad, y deseaba ya entrar por sus calles. Pero cuando creí haberlo conseguido, me vi en unos collados apacibles, que dejaban del uno y otro lado valles y soledades amenas, dispuestas todas a la contemplación. Entre ellas se veían unas pocas casas y

chozas, no con más riqueza ni aparato que el que bastaba para defensa de los rigores del invierno y del verano.

De notable gente estaba habitada esta parte de la ciudad. Los primeros con quien topamos eran los gimnosofistas, desnudos y tendidos sobre el arena contemplando las obras de la naturaleza. Luego los druídas, que a la pluma encomendaban su ciencia; los magos de Persia; los caldeos de Babilonia, los turdetanos de España, los bracmanes, agripeos, heliopolitanos, arimfeos, talmudistas, cabalistas, saduceos, samaneos, atentos todos a los secretos naturales, a cuyo bárbaro desvelo debieron su primera luz las ciencias.

Entre ellos vi a Prometeo, que le roía el corazón un deseo insaciable de saber, y docto en las artes hasta entonces no conocidas; de tal suerte las enseñaba a los hombres y reducía sus fieras y rústicas costumbres a la civilidad y trato humano, que casi los componía y formaba de nuevo con sus manos, inspirando aliento en aquellos cuerpos o vasos de barro.

Endimión parecía enamorado de la Luna, siempre en ella los ojos, notando sus movimientos y mudanzas. Estudio fué en él lo que otros juzgaron por requiebro.

Atlante, tan levantado en la consideración de

los astros, que juzgaría quien le viese que estaba sustentando los cielos.

Proteo, especulativo, en los principios, progresos y transmutaciones de las cosas, recibía en sí aquellas formas y naturalezas.

Entre unos árboles estaban sentados aquellos siete varones sabios, a quien tanto celebró la Grecia; y como la soberbia es hija de la ignorancia, y la modestia de la sabiduría, mostraron en nuestra presencia la que habían adquirido con el estudio y especulación; porque habiendo unos pescadores jónicos sacado del mar entre las redes una trípode, o mesa redonda de oro, obra (según era voz) de Vulcano, y consultado el oráculo de Delfos (para excusar diferencias) a quién tocaba, respondió que al más sabio; y habiéndosela dado a Tales, vimos, que con modestia cortés la dió a otro, y éste al otro, hasta que llegó a Solón, que la ofreció al mismo Oráculo, diciendo, que se debía a Dios, en quien solamente se hallaba la verdadera sabiduría; acción que pudiera desengañar la presunción y arrogancia de muchos.

A las corrientes de una fuente estaban Sócrates, Platón, Clicómaco, Carneades, y otros muchos filósofos académicos, siempre dudosos en las cosas sin afirmar alguna por cierta. Solamente a fuerza de razones y argumentos pro-

curaban inclinar el entendimiento, y que una opinión fuese más probable que otra.

Poco más adelante estaban los filósofos escépticos, Pirro, Xenócrates y Anaxarcas, gente que con mayor incertidumbre y miedo, lo dudaba todo, sin afirmar ni negar nada, encogiéndose de hombros a cualquier pregunta, dando a entender, que nada se podía saber afirmativamente. Cuerda modestia me pareció la de estos filósofos, y no sin algún fundamento su desconfianza del saber humano; porque para el conocimiento cierto de las cosas son necesarias dos disposiciones: de quien conoce, y del sujeto que ha de ser conocido; quien conoce, que es el entendimiento, se vale de los sentidos exteriores y internos, instrumentos por quien se forman las fantasías. Los sentidos, pues, exteriores, se alteran y mudan por diversas afecciones, cargando más o menos los humores; los internos también padecen variaciones, o por las mismas causas, o por su varia composición y organización, de donde nacen tan desconformes opiniones y pareceres como hay en los hombres, concibiendo cada uno diversamente lo que oye o ve. En las cosas que han de ser conocidas hallaremos la misma incertidumbre y mutabilidad; porque puestas aquí o allí cambian sus colores y cualidades, o por la distancia, o por la vecindad a otras, o porque ninguna es

perfetamente simple, o por las mistiones naturales y especies que se ofrecen entre los sentidos y cosas sensibles; y así dellas no podemos afirmar que son, sino decir solamente que parecen, formando opinión y no ciencia. Mayor incertidumbre hallaba Platón en las cosas, considerando, que ninguna de ellas estaba aquella naturaleza común de que participan; "Porque tales formas o ideas (decía), asisten a la naturaleza purísima y perfetísima de Dios, de las cuales viviendo no podemos tener conocimiento cierto, y sólo vemos estas cosas presentes, que son reflejos y sombras de aquéllas; por lo cual es imposible reducillas a ciencia."

En otra parte estaban los filósofos dogmáticos, que asentaban por firmes sus proposiciones, constituyendo algunas cosas, como bienes, y otras, como males, con que siempre vivían con el ánimo inquieto y perturbado, huyendo de éstas y apeteciendo aquéllas.

Más cuerdos me parecieron los filósofos escépticos, porque juzgaban como indiferentes las cosas, y así ni las deseaban ni las temían, sin que pendiese su felicidad o infelicidad, de gozarlas o perderlas.

Otros filósofos tuvieron diferentes opiniones, y siendo éstas tan varias como las naturalezas de los hombres, nacieron de ellas infinitas sectas y escuelas.

Paseándose los peripatéticos por unos portales disputaban y asentaban sus máximas. En otros, que con variedad de figuras había hecho apacibles el pincel de Polignoto, pertinaces los estoicos defendían importunamente sus opiniones y paradojas, reduciendo a necesidad y hado las cosas, con una inhumana severidad en el desprecio de los bienes externos, y en los afectos y pasiones del ánimo.

Más adelante estaban los pitagóricos, entre los cuales hablaban pocos y callaban muchos, muy observantes en el importuno silencio de cinco años.

Luego encontramos a los epicúreos, los cínicos y los helíacos.

Retirado de todos estos filósofos, menos vano y más desengañado, estaba Diógenes, cuyo estudio hurtaba algunas horas a las ocupaciones públicas, para la contemplación de las materias estóicas, templando lo austero de aquellos maestros, y mostrándose en nada dependiente de alguna fuerza superior y más cortés con los afectos y pasiones naturales; el cual a la margen de un arroyo contemplaba su corriente, y por la corteza de un álamo con la punta de un cuchillo moralizaba la claridad y pureza de sus aguas en este epigrama español:

Risa del monte, de las aves lira,
pompa del prado, espejo de la aurora,
alma de abril, espíritu de Flora,
por quien la rosa y el jazmín respira;

aunque tu curso en cuantos pasos gira,
tanta jurisdición argenta y dora,
tu claro proceder más me enamora,
que en lo que en ti naturaleza admira.

¡Cuán sin engaño tus entrañas puras
dejan por transparente vidriera
las guijuelas al número patentes!

¡Cuán sin malicia, cándida murmuras!
¡Oh sencillez de aquella edad primera!
Huyes del hombre, y vives en las fuentes.

Pendiente de un ramo de aquel álamo tenía una tarjeta ovada, y en ella pintada una concha de perlas, cuya parte exterior, si bien parecía tosca, descubría dentro de sí un plateado y cándido seno, y en él aquel puro parto de la perla concebida del rocío del cielo, sin otra mezcla que manchase su candidez, y por mote o alma desta empresa aquel medio verso de Persio: *Nec te quaesiveris extra*, en que mostraba el filósofo su desprecio a la emulación y a los juicios exteriores de la envidia, contento con la satisfación propia de su ánimo, siempre puro y atento a sus obligaciones.

En lo más oculto de aquellos bosques había la naturaleza, sin asistencia alguna del arte,

abierto una puerta a las entrañas de un monte, a cuyos senos, por rústicas claraboyas entre peñascos, escasamente penetraban los rayos del sol. Horror causaba la entrada; pero al deseo y curiosidad de ver, pocas cosas hacen resistencia, y la compañía de Marco Varrón (ya versado en aquellos lugares) lo facilitaba todo. Por ella nos arrojamos pisando las dudosas sombras de aquellos oscuros lugares, y a pocos pasos tropecé y caí sobre dos cuerpos, que el sobresalto me representó muertos. Pero no se engañó mucho, porque estaban dormidos. Despertaron ambos, y sabiendo yo que el uno era Artemidoro y el otro Cárdano, dije a éste, que siendo muchas de sus vigilias tan doctas y tan provechosas a aquella República, era delito el entregarse tan torpe y tan ociosamente al sueño, imagen de la muerte. "Antes, me respondió, es imagen de la eternidad, pues en él, como en un espejo, vemos el tiempo presente y el futuro." Reíme de su proposición, creyendo que aún estaba dormido, y él, picado, prosiguió diciendo: "No os burléis de los sueños, los cuales hacen divino al hombre con el conocimiento de lo futuro; atributo por naturaleza reservado a Dios; porque en ellos, como en un teatro, se le representan en diversas figuras las cosas que han de suceder, y a veces las sucedidas, para divertimiento propio y ajeno; y así no es torpe, ni ocioso el

tiempo que dormimos; ni lo dejamos de vivir; porque sería engaño de la naturaleza el haber defraudado al aliento de la vida la mitad de ella; y es conforme a razón, que siendo el hombre por su entendimiento una semejanza de Dios, y habiendo dado dos tiempos, uno de vigilia y otro de sueño, no le había de faltar en ambos el ejercicio de esta semejanza, teniendo por tan largo espacio de tiempo enajenados, y inútiles los sentidos. Para el remedio, pues, de ambos inconvenientes dispuso la Divina Providencia, que como en la noche presiden la luna y estrellas con la luz prestada del sol, para que careciendo de su presencia, no careciesen de sus rayos; así también dispuso que la fantasía y las operaciones intelectuales, se ejercitasen en el desvelo del alma mientras duerme el hombre a pesar de la humedad del celebro; y como es inmortal el alma, y entonces se halla en cierto modo fuera de los engaños del cuerpo por estar impedido, se une a sí misma y obra con destino superior, reconociendo lo futuro, para que ni este acuerdo, ni esta preciencia faltasen al hombre, imagen de Dios." Este devaneo agudo de Cárdano me pareció peligroso para conferido, y sin replicarle, me retiré.

Vimos a un lado y a otro muchos hornillos encendidos, con gran variedad de redomas, alambiques y crisoles, en que estaban ocupadas infini-

to número de hombres, todos pobres y rotos, abrasados del fuego, tiznados del humo, y manchados de los mismos olios y quintas esencias que sacaban. Su ejercicio era aplicar mistiones, procurando las alteraciones, corrupciones, sublimaciones y transmutaciones de las materias. Su lenguaje era extraño. Al plomo llamaban Saturno; al estaño, Júpiter; al hierro, Marte; al oro, Sol; al cobre, Venus; al azogue, Mercurio; y Luna a la plata; gente espléndida y rica en los vocablos; en lo demás pobre y abatida, que cobraba en humo sus grandes esperanzas. Luego conocí que eran alquimistas, y me dolí mucho de verlos tan laboriosamente ocupados en aquella vana pretensión de engendrar metales, obra de la naturaleza, en que consume siglos. Allí (¡oh gran locura!), para hacer oro consumían el poco que tenían, pertinaces en aquel intento, sin conocer cuán imposible es al arte introducir nuevas formas, ni que aún acompañada de la naturaleza pueda pasar los metales de unas especies en otras. Lo que más admiré fué que muchos Príncipes, arrimado el cetro, hinchaban los fuelles, para animar las llamas, con no menos codicia que los demás.

No pudimos sufrir la vehemencia del olor de aquellas sales, de cuyas cocciones nacían efetos nunca imaginados de la Filosofía; y penetrando por aquellas confusas sombras, se nos

ofrecieron a la vista las Sibilas: la Délfica, la Eritrea, la Pérsica, la Líbica, la Cumea, la Tiburtina, y otras; unas arrimadas a simulacros de Apolo, y otras a las bocas de ciertas cuevas en forma de Templos; todas inflamadas, y arrebatadas de un espíritu celestial, y puestas en un furioso éxtasis, casi incapaces a tanta divinidad; las cuales, ya en voces, ya en hojas de árboles, daban sus oráculos, o respuestas, y confusamente descubrían los futuros sucesos.

Depués de ellas Hiarco, uno de los bracmanes, Hermes, egipcio, Zoroastes, persa, y Buda, babilónico, con gran atención consideraban los principios y causas de las cosas, la recíproca conexión de los elementos, sus combinaciones, la generación y corrupción de los mixtos, las impresiones meteorológicas, los ciegos movimientos de la tierra, la naturaleza de las hierbas, plantas, piedras y animales, y ya con la fuerza de la misma naturaleza, ya con varios círculos, caracteres y rumbos animados, con trémulas invocaciones de espíritus obraban maravillosos efetos. Allí los nigrománticos susurrando llamaban las sombras infernales infundidas en aparentes cuerpos de difuntos. Los pirománticos adivinaban echando pez deshecha en el fuego, y notando el estrépito de las llamas, su luz clara o obscura, derecha o torcida. Lo mismo consideraban en ciertas teas

encendidas, escritos en ellas varios caracteres. Los hidrománticos hacían pronósticos por anillos o pendientes en vasos de agua, y por el movimiento y ruido de las olas. Los aerománticos por las impresiones del aire, en cuyos obscuros espacios formaban varias figuras. Los sicománticos por hojas de higuera o salvia, escritos nombres en ellas, y arrojadas al viento. Los clerománticos por las hojas de los libros de Homero o Virgilio. Los geománticos por puntos iguales o desiguales, los cuales reducían a los signos del cielo, juzgando por ellos como por las casas del Zodiaco. Los quirománticos por las rayas de las manos, notando sus colores encendidas o pálidas, sus principios y fines, sus vueltas y cortaduras. Entre éstos asistían los augures haciendo juicio de los sucesos futuros por los vuelos de las aves, derechos o torcidos. Los harúspices por las entrañas de los animales, si estaban o no gastadas, atendiendo al color del hígado y del corazón, y a los movimientos y mudanzas de la sangre. Otros por el relincho de los caballos, por el piar o picar de los pollos, y por otras cosas semejantes, formaban agüeros, y pronosticaban los sucesos prósperos y adversos. Peligrosa me pareció la conversación y trato desta gente; porque si bien el entendimiento conocía la superstición de sus oráculos y la vanidad

de sus pronósticos, se dejaba lisonjear de ellos la voluntad llevada de no sé qué secreta inclinación de saber lo futuro; fuerza de aquella parte de naturaleza divina, que está en las almas, que como emanaron de la eterna sabiduría de Dios, anhelan por parecerse a su Criador en aquello que solamente es propio de su Divinidad, que es la ciencia de los futuros contingentes, y así no tenemos la misma curiosidad de saber lo que sucedió, aunque no hay diferencia alguna de los sucesos pasados, si se ignoran, y de los futuros, si no se saben.

A un lado se levantaban dos collados en forma de mitra recamada con torzales de lauros y mirtos, entre racimos de perlas, que dejaban pendientes de los ramos los traviesos saltos de una clara y apacible fuentecilla, aborto animado de la coz del caballo Pegaso, a cuya herradura debieron ingeniosos errores las edades. Alrededor de esta cristalina vena, nacida con más obligaciones a la naturaleza que al arte, estaban ociosamente divertidos, Homero, Virgilio, el Taso y Camoens, coronados de laurel, incitando con clarines de plata a lo heroico. Lo mismo pretendía Lucano con una trompeta de bronce, encendido el rostro y hinchados los carrillos. Con más suavidad y delectación tocaba Ariosto una chirimia de varios metales. Acompañaban este concierto músico, Píndaro, Ho-

racio, Catulo, Petrarca y Bartolomé Leonardo de Argensola, con liras de cuerdas de oro, a cuyo son Eurípides y Séneca, calzados el pie derecho con un coturno vistoso y grave, y Plauto, Terencio y Lope de Vega, con zuecos, danzaban maravillosamente, dejando con sus acciones purgados los afectos y pasiones del ánimo.

Por aquellas vecinas faldas apacentaban su ganado, Teócrito, Sanazaro y el Guarino, con pellicos de blancos y suaves armiños, y entonando con alternativos coros sus flautas y albogues, les hacían tan dulce música, que las cabras dejaban de pacer por oírlos.

Todo lo notaban Juvenal, Persio, Marcial y don Luis de Góngora, y sin respetar a alguno picaban a todos agudamente con unas tablillas en forma de picos de cigüeña.

No me pareció que estábamos seguros de sus mordaces lenguas y nos retiramos apriesa de aquella fuente; y en lo alto de uno de sus collados vimos al rey don Alfonso, aquel que entre los reyes de España mereció nombre de Sabio, el cual con gran elevación de ánimo, levantado a los ojos un astrolabio, observaba en la parte austral del cielo entre las constelaciones de Hércules y Bootes, la latitud de la corona de estrellas de Ariadne, sin advertir que al mismo tiempo le quitaban la suya de la

cabeza. No admite el arte de reinar las atenciones y divertimientos de las ciencias, cuya dulzura distrae los ánimos de las ocupaciones públicas y los retira a la soledad y al ocio de la contemplación y a las porfías de las disputas, con que se ofusca la luz natural, que por sí misma suele dictar luego lo que se debe abrazar o huir. No es la vida de los príncipes tan libre de cuidados, que ociosamente pueda entregarse a las ciencias.

Después de estas soledades deshabitadas entramos en lo poblado y culto de la ciudad, que reconocida por dentro no correspondía a la hermosura exterior, porque en muchas cosas era aparente y fingida, levantadas algunas fábricas sobre falsos fundamentos, ocupados sus habitadores en fabricar con más vanidad que juicio obras nuevas, con las ruinas de unas y con los materiales de otras; en que toda aquella ciudad andaba revuelta y embarazada, con más confusión, que fruto de su vana fatiga, que renovaba, y no engrandecía la República, antes la defraudaba de aquel lustre y aumentos que tuviera, si sus hijos entre sí compitiesen en buscar nuevas trazas y materias de palacios y otras obras públicas.

Los ciudadanos estaban melancólicos, macilentos y desaliñados. Entre ellos había poca unión y mucha emulación y envidia. Allí eran

nobles los aventajados en las artes y ciencias, de cuya ecelencia recibían lustre y estimación; y los demás hacían número de plebe, aplicándose cada uno al oficio, que más frisaba con su profesión; y así los gramáticos eran berceros y fruteros, que de unas tiendas a otras, con verbosidad y arrogancia, se deshonraban unos a otros, motejando también a los que pasaban a vista dellos, sin tener respeto a ninguno. A Platón llamaban confuso; a Aristóteles, tenebroso y gibo, que entre obscuridades celaba sus concetos; a Virgilio, ladrón de versos de Homero; a Cicerón, tímido y superfluo en sus repeticiones, frío en las gracias, lento en los principios, ocioso en las digresiones, pocas veces inflamado y fuera de tiempo vehemente; a Plinio, río turbio, acumulador de cuanto encontraba; a Ovidio, fácil, y vanamente fecundo; a Aulo Gelio, derramado; a Salustio, afectado, y a Séneca, cal sin arena.

Los críticos eran remendones, ropavejeros y zapateros de viejo.

Los retóricos saltimbancos, que vendían quintas esencias y acreditaban con gran copia de palabras algunos secretos medicinales.

Los historiadores, casamenteros, por las noticias que tienen de los linajes y intereses ajenos.

Los poetas vendían por las calles jaulas de

grillos, ramilletes de flores, melcochas y mantequillas, chochos y muñecas.

Los médicos eran carniceros, enterradores y ejecutores de justicia; y porque aquella República, como tan discreta, no admitía boticas, se aplicaban los boticarios a forjar armas y fundir piezas de artillería; y en lugar de ellos Dioscórides vendía hierbas y otras drogas, o simples por las calles.

Los astrólogos se aplicaban a la navegación y agricultura.

Los perspectivos eran mercaderes, que sabían disponer la luz a sus tiendas, para hacer más hermosas sus telas.

Los lógicos eran corredores, mohatreros y regatones.

Los filósofos, jardineros.

Los juristas, lenceros y de otros oficios de vara.

Los inclinados a juntar centones y sentencias ajenas y a componer de ellos una obra, se daban a hacer escritorios de taracea y mesas de diversas piedras engastadas en mármol; y los que hacían repertorio a los libros, eran ganapanes que trabajaban para los demás.

En esta República, como en la de los egipcios y lacedemonios, se tenía por virtud el hurtar con pretexto de imitación; y así los oficiales unos a otros se hacían grandes ro-

bos, y cada día se venían levantadas nuevas tiendas con mercancías ajenas. Los que más se aprovechaban de esta licencia eran los letrados y poetas; aquéllos por la variedad de libros y escritos de que se valen; y éstos, porque como entraban a vender sus juguetes por las casas, hurtaban de ellas las mejores alhajas.

Gobernaban esta ciudad diversos senadores autorizados por su ancianidad y experiencia, entre los cuales estaba dividido el cuidado público. Plutarco, Tito Livio, Dión y Apiano gobernaban las cosas del pueblo. Julio César, Veleyo, Amiano y Polibio, las militares. Tácito, las políticas. Censores eran, Diodoro, Mela y Estrabón; y porque ningún cuerpo de reino o república, se puede mantener sano (aunque su cabeza sea de buen consejo y estén perfectamente organizados sus miembros), si el estómago, que es el secretario, no fuere tan robusto, que sin indigestiones de despachos cueza bien las materias, y con prática y conocimiento político suministre a cada una de las partes la substancia que ha menester, se servía esta República de Suetonio Tranquilo, varón grande, criado en negocios, versado entre naciones, celoso, prudente y secreto.

Por una calle venía Mecenas en una litera de varios colores, recostado en un lecho, y lleva-

do de ocho esclavos vestidos a la soldadesca. A su lado iba Virgilio a pie, dándole quejas de Horacio, porque, olvidado de las Mercedes y honras recibidas, había mormurado de él en nombre de Maltino, que traía la toga arrastrando. Reíme del caso, y más de Mecenas, porque gastaba su hacienda en la protección de un liberto atrevido, sin advertir cuán peligrosos son los ingenios agudos y picantes, y cuánta prudencia es estimarlos y no tenerlos cerca; porque, provocados de su misma agudeza, ofenden a quien tienen presente sin disimularle sus faltas, no habiendo gratitud tan poderosa con el amor propio, que pueda obligarle a retener dentro del pecho un buen dicho sin que salga a los labios.

Apuleyo en un asno alazán se paseaba por la ciudad, no con poca risa del pueblo, que corriendo tras él, unos le silbaban y otros le llamaban cuatrero, porque era fama haberle hurtado. ¡Oh cuán fácilmente admite el vulgo por cierto las calumnias en los varones grandes! A quien antes no volvía el rostro, aunque lo debía a la admiración de su talento; ahora por una voz levantada de la envidia, todos le miran y notan. Así sucede (sea consuelo de la virtud) a la Duna, que en sus trabajos y defetos halla fijos los ojos todos del mundo, y nadie repara

en ella cuando llena de luz va ilustrando sus horizontes.

Haciendo frente a una calle ancha se levantaba un hermoso edificio, cuya grandeza mostraba, que era obra pública; y preguntando al sacerdote por ella, me dijo, que era la *Casa de los locos*, destinada más para distinción de ellos que para su cura, porque a ninguno le impedían el ejercicio de sus caprichos y temas. Excusada me pareció aquella separación en ciudad que podía toda ella servir de lo mismo, siendo su población de los mayores ingenios del mundo, y no habiendo alguno grande sin mezcla de locura.

Dos porteros estaban a la puerta, más atentos a vencer lo casi imposible de sus empresas, que a los que entraban y salían. El uno macilento y desvelado, con un compás en la mano, procuraba sacar sobre una pizarra negra la cuadratura del círculo; y el otro, con más cudicia que gloria, formaba un instrumento matemático, con que se persuadía haber hallado en la navegación la certeza de la longitud.

En unos salones grandes había notables humores. Allí estaban los discípulos de Raimundo Lulio, volteando unas ruedas, con que pretendían en breve tiempo acaudalar todas las ciencias. Muchos seguían a Tritemio, deseosos de penetrar su Esteganografía, en que por

medio de cuatro espíritus de los cuatro ángulos del mundo pensaba haber hallado el modo de dejarse entender como ángel, sin explicar con la lengua sus concetos; invención que a los ignorantes parecía diabólica, y no contiene más que una cifra del abecedario.

Algunos se desvelaban en leer piedras y medallas ya roídas del tiempo y visitar los fragmentos o cadáveres de los edificios, dejándose caer para contemplallos por las entrañas de la tierra, donde los sepultó el largo curso de los años.

Otros hacían enigmas, laberintos, anagramas, repertorios, y trabajaban en traducir, glosar y componer versos de centones, en cuya ocupación después de una larga atención la obra era ajena y solamente propio el trabajo.

Otros juntaban a favor de los perezosos, ramilletes de flores y sentencias de varios autores, en que antes merecían pena que premio; pues deslustraban aquellas sentencias, que fuera de su lugar son como piedras sacadas de su edificio, donde hacen labor; o como moneda de vellón fuera de los reinos, donde se acuña y corre.

Algunos muy apriesa se paseaban encomendando a la memoria aforismos y brocardicos, para parecer doctos; y otros con la misma am-

bición se aplicaban a saber los títulos de los libros, y tener ciertas noticias generales de sus materias, con que en todas las conversaciones hacían una vana ostentación de las ciencias.

En una sala vi un gran número de filósofos desvalidos y maltratados; tales eran las aprehensiones disformes en que los había puesto el continuo estudio, los cuales, procurando la quietud y felicidad de la vida, eran los que más miserablemente la pasaban, todos dados a la expeculación de las cosas; y para asistir mejor a ellas, unos se habían sacado los ojos, otros cortado la lengua, otros se abstenían de la carne, y las demás delicias del gusto. El desvelo los tenía tan flacos y macilentos, que seco y sin sustancia el celebro, daban en caprichos extraordinarios. Algunos aborrecían la vida y se desesperaban. Otros acusaban a la naturaleza en la composición y miserias del hombre, corridos de haber nacido. Quién desconocía el recato natural en las acciones de la generación. Quién decía de sí, que se mudaba en varias formas. Quién refería haber sido antes pez, después árbol, y últimamente hombre. Quién, despreciando los edificios, vivía en una cuba. Quién temía que se le había de huir el alma. Quién que se le llevase el viento, y lastreaba con suelas de plomo las sandalias. Por entretenimiento los junté, preguntándoles qué sentían de la natura-

leza y substancia del alma; y unos respondieron que era fuego, otros aire, otros harmonía, otros número, otros luz, otros anhélito, otros espíritu; unos, que era mortal; otros, a tiempos mortal y a tiempos inmortal; y hubo quien afirmó, como si la hubiera visto, que bajaba volando a los cuerpos desde una selva celestial donde vivía, y que entrando en ellos perdía las alas, volviendo a cobrarlas al salir.

Desvanecido me tenían tan nobles locuras; y saliendo de allí oímos en el zaguán de una casa mucha gente, y llevándome a él la curiosidad, reconocí a Galeno haciendo anatomía de algunos cuerpos humanos, y que entonces desecaba cabezas de Príncipes, en las cuales mostraba a Vesalio Farnesio y a otros, que con atención le asistían, que faltaban en ellas las dos celdas de la estimativa, cuyo asiento es sobre la fantasía, hija de la memoria, que está en la última parte del celebro y que estas dos potencias estaban reducidas y subordinadas a la voluntad, en quien se hallaban incluídas. Parecióme novedad, que la composición y órganos de los príncipes, se diferenciasen de los demás, y que era gran inconveniente que aquellas potencias tan necesarias faltasen, o fuesen gobernadas de la voluntad ciega y desatentada; y queriendo preguntar la causa, lo impidió un alboroto del pueblo, que ciegamente corría

a unas partes y a otras, por haberse esparcido voz, que el emperador Licinio, como tan enemigo de aquella República, venía sobre ella con grandes tropas de godos y vándalos.

La confusión era notable; y los que antes del caso parecían prevenidos y ingeniosos, se hallaban en él inútiles para la ejecución de los remedios. Hiciéronse muchos consejos, en que entraron los senadores desta ciudad, y los cuatro grandes consejeros de estado, Platón, Aristóteles, Xenofonte y Cornelio Tácito; unos y otros estimados por varones insignes, y que en sus escritos se habían mostrado judiciosos y de acertadas máximas; pero habiéndolas de obrar en esta ocasión, se confundieron entre sí con la variedad de resoluciones que les ofrecía el ingenio, sin que el juicio se pudiese afirmar en alguna dellas, como gente ajena de la prática, y sin experiencia de semejantes accidentes; y si bien intentaron algunas defensas, fueron con medios tan impraticables (aunque parecían sutiles), que luego se descubrió, cuán inútiles serían y cuánto yerran los que fían el gobierno público de ingenios especulativos, y entregados a las ciencias, irresolutos y dudosos con la variedad de opiniones, pertinaces con la viveza de los argumentos, y peligrosos con la noticia de los ejemplos pocas veces bien aplicados al caso presente, por lo que se varían

los accidentes con las mudanzas del tiempo, siendo los casos tan diversos entre sí, como lo son los rostros.

De esta confusión los libró un aviso cierto de que se había dado arma falsa, porque el Emperador estaba muchas jornadas de aquella ciudad, con lo cual volvió a su quietud y sosiego, y yo pasé adelante; y entrando por una plaza vi a Alejandro de Alés y a Escoto, haciendo maravillosas pruebas sobre una maroma, y habiendo querido Erasmo imitarlas, como si fuera lo mismo andar sobre coturnos de divina filosofía que sobre zuecos de gramática, cayó miserablemente en tierra, con gran risa de los circunstantes.

A un lado de la plaza estaban retirados, Cricias, tirano de Atenas, Epicuro, Diágoras y Teodoro, que con gran recato de no ser oídos, discurrían entre sí con voz baja, y tales demostraciones de temor, que esto mismo encendió en mí mayor deseo de saber lo que trataban, y arrimándome a ellos, vi que Cricias con libres y sacrílegos labios decía, que habían sido muy ingeniosos y políticos los primeros legisladores del mundo, pues reconociendo que no bastaba el rigor de las leyes a corregir los vicios de los hombres, porque no tenían imperio sobre los ánimos, ni podían refrenarlos con el temor para que no maquinasen internamente

ni obrasen cuando no hubiesen testigos de sus acciones, inventaron que había Dios, a quien los más íntimos pensamientos estaban patentes, y que después de esta vida tenía premios eternos para las virtudes, y penas para los vicios. Aprobaban los demás esta traza, desconocidos a su Criador, y Epicuro con mayor fuerza la daba por cierta, como quien quería gozar de sus delicias temporales, sin los temores internos del ánimo; pero juzgaba conveniente conservar este engaño en el vulgo, porque sin él no habría seguridad en las haciendas ni en la vida. Yo extrañé la impiedad de aquellos necios ateístas, y con atención los miré al rostro, si tenían ojos, porque solamente en quien no los tuviese podía caer aquella ignorancia; que es lo que movió a los egipcios a significarlos por un hombre pintado con los ojos en los pies; porque si los tuviera levantados, mirando al cielo y contemplase aquel planeta padre de la luz, y conductor de innumerables escuadrones de estrellas, aquel movimiento continuo de las esferas, aquella divina arquitectura, incomprensible al ingenio humano, en quien ni el poder, ni el arte de los hombres pudo tener parte, confesaría luego una primera causa, y bajando con humildad la vista, adoraría en la naturaleza una eterna sabiduría y omnipotencia. Impaciente pregunté a

Marco Varrón, por qué se permitía en aquella República una gente tan ignorante y sin religión, opuesta en esto a todas las naciones, de tan viles pensamientos, que procurando todos los hombres hacerse eternos y que no se acabase la vida con la muerte, ellos sustentaban con sus opiniones la mortalidad del alma, y el ser iguales en esto a los demás animales. "Donde se disputa (me respondió), es fuerza que haya valedores de todas las opiniones, por extravagantes que sean; y en los ateístas prevalece más la malicia, que la ignorancia. Así engañan la libertad de sus costumbres, a pesar de la luz natural."

Contagiosa me pareció la compañía de tales filósofos, y aún no quise detenerme en la plaza donde estaban, si bien me llamaba la variedad de cosas, que descubría en ella; y entrando por una calle vi a Luciano, que llevaba consigo a Plinio, Aldrobando y Gesnero, filósofos naturales, a que oyesen el último canto de un cisne, que estaba para expirar, cuya música y suavidad en aquellos postrimeros acentos de la vida es tan celebrada. Fuíme tras ellos, y junto a un estanque les mostró muriéndose un asno rucio. Celebré la burla, y mucho más que Luciano, con su acostumbrada disimulación y agudeza, quisiese persuadir, que había sido trasformación de los dioses, para que ninguno presu-

miese, que por ser cisne no podía morir asno.

Más adelante encontré al buen Diógenes, que con un espejo de propio conocimiento, donde se representaban al vivo los vicios y virtudes de quien se miraba en él, iba por las calles convidando a los ciudadanos a tal conocimiento. Pero ninguno hubo que se quisiese mirar, y mirándose conocerse; de que me maravillé mucho, por ser aquella República de hombres al parecer cuerdos y doctos; y con deseo de excusarlos cargué la consideración y discurrí entre mí, si acaso, como había Dios con particular providencia formado de tal suerte al hombre, que se pudiese ver el rostro, porque si le tuviese hermoso, no estuviese a todas horas desvanecido y enamorado de sí mismo; y si feo, no se aborreciese; así también le había dificultado el conocimiento de sus propios yerros y faltas, y principalmente de las del entendimiento, porque como éste es el que le diferencia de los demás animales, y quien le dá una como divinidad sobre todos, no viviese descontento, si llegase a conocer sus defectos; de donde nacía, que en los de poco, o mucho ingenio había una misma felicidad, que los igualaba, por la satisfacción y opinión que tienen de sí mismos, sin haber quien ceda al otro en las calidades del ánimo.

Apenas hubo pasado Diógenes, cuando volviendo el rostro vi salir de su casa a Arquímedes

la frente corrida a los ojos, y éstos en tierra, tan suspenso y divertido en la invención de sus máquinas, que llevaba descalzo un pie, y un bonete colorado en la cabeza, con que dormía de noche, sordo a la grita y matraca del pueblo, que con gran risa le seguía; con que conocí, cuán inútiles e ineptos son, para todas las acciones urbanas y ejercicios de corte los que sin moderación se entregan a la expeculación de las ciencias, fuera de las cuales no parecen hombres, sino troncos inanimados.

A la puerta de un barbero estaba Pitágoras persuadiendo a otros filósofos la transmigración de las almas de unos cuerpos a otros; de donde infería los varios instintos e inclinaciones de los animales. Las de los Reyes decía, que se infundían en cuerpos de leones, que parece que velan y están dormidos; las de los Príncipes en elefantes, de donde nacía en aquellos animales su vanidad y tolerancia por cualquiera título o apariencia de grandeza; las de los Jueces, en perros, que muerden a los pobres, y alagan a los ricos; las de los descorteses, en Alces, que no doblan la rodilla; las de los Poetas en osos, que se sustentan del humor de sus uñas. Oía yo con gusto este discurso; pero un malicioso arrojó en el corro unas habas, y corrido Pitágoras, cubriendo con el palio la cabeza se entró dentro de la tienda, dejándonos dudosos

de aquel resentimiento; y haciendo varios juicios sobre la causa que le había movido a prohibir aquella legumbre, unos decían, que había querido persuadir la honestidad por la haba, figura de la lascivia; otros, que había persuadido la rectitud en votar, porque votasen antiguamente por habas. Lo que yo más ponderé, fué cuán fácilmente los que más se precian de entendidos y sabios, se atajan y corren por cualquier cosa, como gente soberbia, y que ligeramente teme perder aquella opinión que los demás tienen de ellos.

Al doblar una esquina topamos a Cipión Africano y a Lelio maltratando a Terencio, queriéndole quitar los zuecos, con que glorioso se paseaba por aquella ciudad. Acusábanle, que los había hurtado a ellos; y pudiendo más la fuerza, que la verdad, se los sacaron del pie; efectos del poder en los Príncipes, que no contentos con sus bienes internos, se arrojan los del ánimo, aunque sean ajenos, y se adornan con las plumas y con los trabajos y sabiduría de los pobres.

En una calle vi, que por la una y otra parte corrían tiendas de barberos; y admirado pregunté a Marco Varrón la causa por qué había tantos de aquel oficio en una República de hombres doctos, que afectaban dejar crecidas las barbas y cabellos. Rióse mucho, y respon-

dióme. No son barberos, sino críticos, cierta especie de cirujanos, que en esta República hacen profesión de perfeccionar o remendar los cuerpos de los autores. A unos pegan narices, a otros ponen cabelleras, a otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas; y lo peor es que, a muchos, con pretexto de que en tiempo que se escribían los libros a mano y faltaba la imprenta, se cometían muchos errores, les cortan los dedos, o las manos, diciendo que no son aquéllas naturales, y les ponen otras; conque todos sales desfigurados de las suyas. Este atrevimiento es tal, que aun se adelantan a adivinar los concretos no imaginados y, mudando las palabras, mudan los sentidos y taracean los libros. No me pareció que tenía seguras mis narices en aquella calle, y saliendo de ella muy apriesa, dije a Polidoro que ya habíamos visto en la entrada de la ciudad, ocupada en otros oficios, esta misma gente. Respondió con gracioso despecho: críticos hay para todo.

Entraba por la misma calle Demócrito, dando tan grandes risadas, que me obligó a preguntarle la causa, admirado de tal desconcierto en un filósofo cuerdo; el cual, procurando componer aquella pasión alegre, me respondió: Hay tantas cosas en esta República, que mueven la risa al más saturnino, que solamente en

un forastero tiene disculpa esa pregunta, a que satisfaré representándote las causas generales, porque no atribuyas a simpleza esta descompostura. Después que el deseo de saber me llevó peregrino entre los indios, persas, caldeos y etíopes, y conocí la vanidad de las ciencias, los daños de esta República, y cuán destruída la tienen sus ciudadanos, me ha parecido reírme de todo, porque oponerme a tantos y llorar el remedio ya imposible, sería un vano sentimiento, y cuando éste fuera muy vivo, no pudiera contener la risa entre tantas cosas que la provocan. Por ventura bastaría el celo a reprimirla, viendo la indiscreta estimación y bárbaro respeto con que veneran las naciones a esta República, no bebiendo otra verdad, sino aquella que vierten los labios y destilan las plumas de estos ciudadanos, que, en fe de esta credulidad, y en emulación del Supremo Artífice, han fingido disformes creaciones de vivientes y mentirosos partos, nunca imaginados de la naturaleza, dando a creer que había en el mar tritones, focas y nereidas; en el aire, hipógrifos, pegasos, arpías y esfinges; en los montes, sátiros, panes, silenos, silvanos, orcades y centauros; en las selvas, dríades, hamadríade, y en las fuentes napeas.

Los ciudadanos de esta República han sido los que persuadieron al mundo la idolatría, le-

vantando aras, y adorando por dioses las esferas, los astros, los elementos y las demás criaturas racionales e irracionales, hasta las más rudas e insensibles, y para disculpa de sus vicios no dejaron mar, río, fuente, isla, monte, escollo, árbol ni lugar, o cosa criada, en que, con varias transformaciones, no conservasen la torpe memoria de los robos, estupros y adulterios de los dioses, atreviéndose a difamar aquellas puras luces del firmamento, formando de ellas los brutos y las aves, cómplices en sus lascivias y bestiales ayuntamientos.

¿Cómo queréis que no me ría viendo que destos ciudadanos reciben las gentes los documentos de la vida moral, el aprecio de la virtud y la composición del ánimo, y somos los que más rebelde le críamos, más fáciles a la ira, más ciegos al amor, más entregados a la envidia, más inclinados a la codicia, más expuestos a la ambición, más inconstantes, más vanos, más enamorados de nosotros mismos, más despreciadores de los demás, y más arrogantes y pertinaces?

Yo no puedo contener la risa cuando veo la vanidad de algunos de los celebrados por doctos en esta República, los cuales, como presuntuosos pavones, pagados de sus estudios, se pasean por esas calles, muy preciados de sa-

bios y entendidos en las materias externas, sin saber nada de sí mismos, más incultos sus ánimos que las selvas, y más bárbaros e intratables que las fieras. De estos tales burlo y me río, y solamente estimo aquel que, aunque ignorante de las ciencias, sabe dominar sus afectos y pasiones, conociendo que ninguna cosa le puede hacer falta, que todas le sobran, cuya felicidad, si no compite, se parece mucho a la de Dios.

No menos me río de la vanidad de los que piensan que hacen inmortales a los que dedican sus libros, como lo pensaba Apio Gramático, y con soberbia humildad los consagran a grandes príncipes, ajenos del conocimiento de las primeras letras, dando por motivo la necesidad de su protección contra los malévolos, como si pudiesen defender lo que no entienden, o como si, habiéndose hecho trato la imprenta, no se comprase con el libro la libertad de murmurar dél. Más cuerdos y menos lisonjeros eran los antiguos, que dedicaban sus libros, o a sus amigos o algún príncipe inteligente, a quien, por razón del argumento, se le debía la obra.

Pues si consideramos las ciencias, que son el principal caudal desta República, ¡cuántas cosas vemos en ellas, y en sus profesores, que obligan más a risa, que a compasión! Mira la

vanidad de los gramáticos, que, soberbios con el conocimiento de la lengua latina, se atreven a discurrir en todas las ciencias y profesiones.

Mira cuán pagada y enamorada de sí está la Retórica, con sus afeites y colores, desmintiendo la verdad, siendo una especie de adulación y un arte de engañar y tiranizar los ánimos con una dulce violencia, tan embaidora, que parece lo que no es y es lo que no parece. Esta es la lira de Orfeo, que llevaba tras sí los animales, y la de Amsión, que movía las piedras, siendo piedras y animales los hombres al encanto de ella. Por esto los espartanos no la admitían en su ciudad. Roma la expelió de ella dos veces, y los estoicos la echaban de su escuela, porque mueve los afectos y agrava las enfermedades del ánimo. A los oradores llama Sócrates públicos lisonjeros, y advierte el peligro de darles oficios en la república, porque engañan la plebe, moviéndola con la dulzura de las palabras a lo que ellos desean, y, fiados en esta fuerza y poder de sus labios, intentan sediciones, como lo mostró la experiencia en los Brutos, Casios, Gracos, Catones, Demóstenes y Cicerones.

Hermana de la Retórica es la Poesía, que, soberbia, desprecia las demás ciencias, y presume vanamente la procedencia entre todas;

porque a ella sola levantó teatros la antigüedad. No reconoce su nacimiento del trabajo (padre rústico y villano de las demás artes), sino del cielo. Está muy presumida, porque los scitas, los cretenses, y también los españoles, escribieron en verso sus primeras leyes, y los godos sus hazañas. Pudiera, pues, deponer estos desvanecimientos, que es arte afectada y vana, y opuesta a la verdad, que se sustenta con la imitación, siempre figiendo, y representando lo que no es, cuya lascivia para disculpa suya, hizo cómplices a los dioses en tantas liviandades, estupros y adulterios, como inventores de ellos; y es la que mantiene vivos los afectos amorosos, cebando con tiernos encarecimientos y blandos requiebros las llamas propias y ajenas, cuya lengua maldiciente se sustenta royendo el honor ajeno. Notorio es lo que por ella padece la reina Dido, habiendo sido por su honestidad, recogimiento, y castidad, ejemplo de matronas viudas; y por éste y otros vicios, la desterraron muchas repúblicas, y la sabiduría la echó del lado de Boecio.

No es menos dañosa al mundo la historia, porque, como los hombres apetecen naturalmente la inmortalidad, y ésta se alcanza con la fama, o sea buena o mala (que no en las estatuas o bronces, sino en la Historia se eterniza) de aquí nace que, siendo en la natura-

leza humana mayor la inclinación al vicio, que a la virtud, hay muchos que, como Heróstrato, emprenden alguna insigne maldad para que de ellos se acuerden los historiadores; y como también en los anales se hallan escritos los vicios y virtudes de grandes reyes y príncipes, más fácilmente nos disponemos a excusar nuestra flaqueza con sus vicios que a imitar sus virtudes.

Lo que más me obliga a risa es la vanidad de los historiadores en arrogarse a sí la teórica y práctica de la política, fundada en sus discursos y sucesos, como si de éstos se pudiera fiar la prudencia, porque, o con amor propio, o con lisonja u odio, o por vicio particular, o poco cuidado en averiguar la verdad, apenas hay historiador que sea fiel en sus narraciones, consultando más a la fama de su ingenio que a la verdad; y más al ejemplo público que al hecho. Los griegos se preciaron de la invención y no del suceso. Los latinos imitaron a aquéllos, y, si en algunos se hallan escritas las cosas, como pasaron, no puede, en sus relaciones, fundarse la prudencia política sin gran peligro, porque es menester penetrar sus causas, y éstas, aunque las ponen los historiadores, son inciertas, imaginadas o aprendidas de la común voz del vulgo, ciego e ignorante; porque pocos, o ninguno, de los que es-

criben, se hallaron presentes; y, si estuvieron, no fué posible asistir a todo; ni fueron llamados a los consejos de los príncipes para saber los motivos de sus acciones públicas y secretas; antes se gobernaron por sus relaciones, en que cada uno justifica y engrandece su causa, muchas veces, por los sucesos infiere los motivos, en que tiene mucha parte el amor y la pasión, y en que la villana naturaleza de algunos escritores, ayudada de la viveza del ingenio, interpreta siniestramente las acciones de los príncipes; y como están los vicios vecinos a las virtudes, les dá esto mismo ocasión para llamar temerario al animoso, pródigo al liberal, flojo al prudente y al cauto tímido.

Otro peligro no menos grave corren los historiadores, porque con el interés lisonjean, y sin él satirizan. Y así Paterculo alaba a Seyano, a Libia y a Tiberio; y Cornelio Tácito pondera la ambición de Seyano, vitupera el adulterio de Livia y descubre la simulación de Tiberio, demasiadamente agudo y malicioso en interpretar sus palabras, y darles diverso sentido de lo que sonaban; peligrosa licencia en un historiador y de quien ninguna acción puede estar segura. Xenofonte no escribe como fué Cirio, sino como debía ser. Tal especie de lisonjas dió fama a Hércules, Aquiles, Héctor, Tefeo, Epaminondas, Lisandro, Temísto-

cles, Gerges, Darío, Alejandro, Pirro, Aníbal, Cipión, Pompeyo y César, famosos ladrones y tiranos del mundo.

Mira la filosofía natural, envuelta en sofisterías y calumnias de argumentos y palabras, confusa en los mismos términos y voces que ha inventado para entender y entenderse, tan divertida en ellos, que no levantan los ojos ni la consideración, a penetrar los ocultos secretos de la naturaleza, como hacía en sus principios, y habrás notado en aquellos primeros inventores de esta ciencia.

Y, pues has pasado ya por las escuelas y sectas de los filósofos morales, no será menester alargarme en darte a conocer, cómo disimulan con vanas apariencias de virtud sus vicios; siendo los epicúreos deliciosos; los peripatéticos avarientos; los platónicos y estoicos, arrogantes y vanagloriosos. Allí conocerías el desconcierto de sus opiniones en constituir la felicidad del hombre; porque Epicuro y Aristipo la constituyeron en las delicias; Pitágoras y Sócrates en la virtud; Teofrasto en la fortaleza; Aristóteles en la contemplación; Diodoro en no sentir dolor; Periandro en la gloria, honor y riquezas; Dinómaco y Caliso en las delicias juntas con la virtud. Considera, pues, si has oído más ingeniosos desvaríos. Entre ellos eché menos, cómo alguno

de los filósofos no supo la felicidad del hombre en no escribir, siendo éste uno de los mayores y más importunos trabajos de la vida humana. Platón solamente (con más clara luz que los demás), conoció que la felicidad no se podía hallar en las cosas terrenas, sino en la unión con el sumo bien, volviendo a incorporarse con sus ideas; porque mientras vive el hombre, está expuesto a las miserias y desvalimientos de la naturaleza; es un juego de la fortuna, una sombra fugaz, un despojo cierto de la muerte y este mundo, que le dieron para su alojamiento, es falso e incongruente; un campo de batalla, un teatro de nuestras tragedias; y así, ni en él ni en el hombre se puede hallar felicidad cumplida; en otro lugar y en otro sér la hemos de buscar.

Prosiguió el filósofo y dijo (volviéndose a Marco Varrón y a mí, con rostro risueño): Considerad también cuán desvanecida está la Aritmética, porque soñó Pitágoras, que en sus números estaban incluídas todas las ciencias, habiendo nacido en un parto con el juego de los dados, sustentada después a los pechos de la avaricia, cuyos mágicos caracteres reducen a brevísimo espacio las riquezas del mundo y los pasos del sol.

Notad qué arrogante está la Geometría, porque sin ella no se podía entrar en la es-

cuela de Platón; y porque con su asistencia los egipcios hicieron estatuas, que articulaban la voz; Arquitas Tarentino una paloma que volaba; Arquímedes los orbes de vidrio, y con sus movimientos giraron, como los celestes, y no se acuerda de su villano nacimiento; hija de las inundaciones del Nilo, y hermana de aquellos animales imperfectos; si bien se puede alabar que, entre las ciencias humanas, son sus principios los más ciertos y constantes, en que todos concuerdan, sin la discordancia y diversidad de opiniones, que hallamos en la Astronomía, encontrados entre sí los árabes, egipcios y caldeos, así en el número de los cielos, como en sus movimientos, orbes diferentes, ecuantes y epiciclos, presuponiéndolos cada uno según su modo de entender, sin saber si están así; porque, viéndose confusos los ingenios especulativos con la variedad de cursos de los astros y movimiento de los cielos; opuestos y diversos los unos de los otros, consideraron que era imposible hallarse en un cuerpo sólo, e imaginaron un número de cielos, y en ellos tales orbes, ecuantes y epiciclos, que salvando lo que pareció imposible a nuestro corto modo de entender, se quietase el discurso, midiese y regulase con certeza por tal fábrica imaginada sus movimientos, que es la más noble y provechosa mentira; y de quien

más ciertos y verdaderos efectos nacen, que han inventado los hombres, pues sin errar un minuto se saben por ella los eclipses y aspectos futuros, y los movimientos de las estrellas y planetas; si bien algunos no están ajustados, como el de Marte y otros, nuevamente hallados por los antojos largos. Y si estos están por averiguar, y es necesario el ajustamiento de todos para hacer juicio por ellos, cómo la Astrología se atreve a pronosticar los futuros sucesos, siendo efecto del movimiento y de la disposición del cielo y naturaleza de los astros, cuyo conocimiento según la dirección de sus luces y rayos, no puede caer en la corta capacidad del ingenio humano, porque éste no es instrumento proporcionado y suficiente para penetrar desde la tierra lo que pasa en el cielo. Y aunque se infieren y se conocen por los efectos las causas, ésto en el cielo es imposible, porque siendo casi infinito el número de las estrellas, quién alcanzará a saber si nacieron de esta, o de aquella, principalmente que con la variedad de los aspectos y posiciones, se van alternando los efectos. Y cuando se conocieran distintamente las virtudes y naturalezas de los astros, si estos inclinan, y no fuerzan, ¿cómo se puede hacer juicio por ellos, que no sea temerario? Pues la libertad, la educación, la disciplina, la religión, las costum-

bres, el lugar, la obediencia, la prudencia y otros infinitos accidentes quitan, o corrigen las inclinaciones. Ni es lo que propuso Orígenes y Alberto Magno, que las estrellas no son causa de los futuros contingentes, sino señales de lo que ha de obrar el libre albedrío, escrita por Dios con letras de luz, o caracteres de estrellas en ese gran volumen de los cielos, cuyos diversos movimientos le van hojeando continuamente, y le dan a leer al mundo los futuros sucesos, porque siendo casi infinitos los que pueden nacer del acaso, y del libre albedrío en tan grande número de años y en tantos vivientes, es imposible que se puedan señalar por astros que conservan un perpetuo y uniforme movimiento.

Pero al fin los que gastan la vida en esta ciencia se pueden disculpar con la divinidad a que aspiran de conocer los casos venideros. Más qué disculpa podrán dar los juristas, que siempre viven para otros, ocupados en pleitos y cuidados ajenos, entregados a una facultad, donde la memoria es un elefante que sustenta castillos, y aún montes de textos y libros, prefesión que como vínculo se hereda de padres a hijos en repertorios, donde se hallan, no se estudian las materias, y donde el ingenio olvidado de su generosa libertad obedece a las palabras y mente del legislador, obligado a la

defensa, como si siempre sus leyes estuviesen fundadas en los principios fijos de la naturaleza, sin lo cual no sé cómo se pueda llamar ciencia la Jurisprudencia, hija del entendimiento humano, ciego y mudable. Bien lo entendieron aquellos primeros legisladores, que conociendo no eràn más sus leyes que unos dictámenes humanos, les procuraron dar autoridad con el vulgo, persuadiéndole que eran inspiradas de alguna divinidad, como las de Osiris de Mercurio, las de Minos de Júpiter, las de Carondas de Saturno, las de Solón de Minerva, las de Licurgo de Apolo, y las de Numa Pompilio de la Ninfa Egeria, entre las cuales si cargamos la consideración hallaremos que muchas declinan de lo honesto y razonable y del dictamen de la naturaleza, y que saben a la malicia humana que las dictó. Tales son los hijos de la Jurisprudencia, que es menester pagarlos porque hablen, y porque callen.

Yo los tuviera por los más dañosos al mundo, si no hubiera médicos; porque si los letrados nos consumen la hacienda, éstos la vida. Quien más lo experimenta son los Príncipes; porque conociendo los médicos cuán natural es en los hombres el apetito de vivir, y que de los enfermos y achacosos son más estimados, hacen razón de estado de enflaquecer la

salud de los Príncipes para que estén sujetos a ellos y los regalen y enriquezcan. Por esto fué muy alabado por discreto aquel Rey de Francia, que cuando estaba bueno daba grandes salarios a sus médicos, y se los quitaba cuando caía enfermo. Mas libres de este peligro vivieron los egipcios, los babilonios y los arcades, porque no quisieron conocer esta ciencia, o esta arte militar, introducida sin duda en las guerras civiles, haciéndose entonces con ella la guerra, como hoy con el acero y el fuego. No ignoró Grecia este instrumento, pues para deshacer los romanos, les enviaba médicos, y advertida aquella República los desterró de ella. Su incertidumbre se conoce, en que siendo las complexiones de los hombres tan varias y diferentes como los rostros, y tan ocultas que solamente cada uno puede conocer la suya con la experiencia, aún ésta no es firme, porque con el tiempo se van mudando por diversos accidentes. Siendo, pues, casi imposible este conocimiento a los médicos, sin él no se puede acertar la cura, y cuando perfectamente le tuviesen, son tantas las enfermedades, y tantas las causas de donde proceden, que no hay poderlas penetrar para aplicarles sus remedios, y aún penetradas, sería necesario otro conocimiento de las virtudes y efectos de las cosas, el cual con gran providencia nos negó la na-

turaleza para abrir más el trato, comunicación y correspondencia de unas naciones con otras, ocultando de tal suerte sus virtudes en piedras, plantas y animales, que ni en un lugar se hallasen, sino en diferentes, para que la necesidad de buscar en la provincia ajena lo que faltaba en la propia, las uniese en amistad y amor; y aunque la experiencia trabaja siempre en descubrir estos secretos, y ha alcanzado algunos, es peligrosa su aplicación; porque estos mismos que curan una parte, dañan otra. Pero para qué son menester más argumentos, que advertir cuán pocas muertes naturales suceden, aunque habrían de ser casi todas, si la Medicina fuera cierta, corrigiendo los cuatro humores, manteniéndolos en tal igualdad, que se fuesen resolviendo poco a poco. Bien lo conoció quien dijo de ella, que era el arte largo, la vida breve y falaz la experiencia; y así son más peligrosos los médicos, que las mismas enfermedades; porque contra éstas suele tener más fuerza la naturaleza que contra sus pócimas y venenosas bebidas.

Esta es la perfección de las Ciencias consideradas en el estado que las poseen muchos de estos ciudadanos. De estas causas generales nace mi continua risa, aumentada muchas veces con casos particulares como el que se ofreció ahora, que os obligó a preguntarme la causa.

Fué, pues, de ver un poeta, que acabando de componer un epigrama, aún antes de haber enjugado la tinta, partía furioso de su casa a enseñarle a sus amigos con tanta priesa como si le hubieran cortado las narices, y las llevase a que se las pegase el barbero a sangre caliente.

A este chiste Marco Varrón y yo levantamos la risa, y Heráclito (que estaba a un lado, los ojos en tierra, y vertiendo lágrimas) alzó con la voz la frente, y desecando con el calor de la ira aquellas continuas nubes, dijo. No es posible que pueda reírse en esta REPUBLICA, sino es quien por falta de entendimiento no sabe conocer los daños della, ni pondera cuán escasa estuvo la naturaleza con sus ciudadanos en el repartimiento de sus bienes. Porque si bien con nosotros mismos nacieron la Lógica, la Retórica, la Poesía, la Filosofía moral y otras Ciencias, nacieron éstas entre tan ruda ignorancia, que para lucir algo es menester un continuo trabajo, en que consumidos los años; y no de otra suerte, que como se hallan los diamantes, la plata y el oro en los minerales con tan rústicas cortezas de tierra, que si a fuerza del buril y del fuego no se limpian, y labran, quedan inútiles sus ocultos quilates; así es menester con largo curso de trabajo y fatigas, limar nuestros entendimientos, y des-

cubrirles las ciencias que están en ellos. ¡Qué lágrimas, qué peregrinaciones y desvelos no pasamos después en más madura edad! Tanto leer, tanto escribir, tanto meditar, para una poca luz que venimos a dar al discurso; y lo peor es que para ella fué menester que tuviésemos por maestros a los animales, con los cuales anduvo más cortés y franca la naturaleza. Ellos nos enseñaron gran parte de las Artes y Ciencias. De las abejas aprendimos la Política; de las hormigas la Economía. Aquéllas no dieron ejemplo de la Monarquía en el gobierno de uno; éstas de la Aristocracia en reducirle a pocos, y éstos los mejores. Las grullas nos mostraron la Democracia, cuyo público cuidado se alterna entre todas. El milano enseñó el arte de navegar, los remos en sus alas, y el timón en la cola; la codorniz las velas, la araña el tejer, la golondrina el edificar, la cigüeña el clistel, el hipopótamo la sangría, el elefante la cirugía. En los animales hallamos ejecutadas cuantas observaciones astronómicas nos dió el continuo desvelo de los hombres. El cinocéfalo señala con sus ladridos los días, las noches y las horas, como reloj animado, y nos dá a conocer el equinocio. El ave virio se deja ver en el día del solsticio. Los delfines, las ánades y las alciones nos pronostican los temporales.

Cuando decía esto, nos obligó a retirar a un zaguán el tropel de diversos animales, leones, tigres, lobos, raposas y otros, aun de los imperfectos, nacidos de la putrefacción de la tierra, los cuales iban siguiendo a un hombre notablemente monstruoso y feo, la cabeza aguda la frente confusa, los ojos hundidos, las narices chatas, los labios eminentes, el color negro, atezado, con una jiba atrás, y otra delante; traía una argolla al cuello, y dos eses en las mejillas, y luego que le vió Heráclito, prosiguió su discurso, diciendo:

Seguid a este esclavo llamado Isopo, y veréis que, induciendo a hablar a aquellos animales, enseña por medio de ellos a esta República la verdadera Filosofía Moral y Política, siendo los maestros más verdaderos y seguros que tiene. Esto, pues, o Demócrito, es digno de risa o de perpetuo llanto, en un filósofo atento al desvalimiento de nuestra humana naturaleza.

Esta reprensión acompañada de un largo curso de lágrimas, no bastó a reprimir los motivos risueños de Demócrito. Yo me reía de ambos, viendo que aquél reía, porque éste no lloraba; y éste se burlaba, porque aquél no reía; si bien después me parecieron la una y la otra envidiosas pasiones contra las ciencias, siendo éstas unos atributos o partes principa-

les de Dios, que sin alguna de ellas dejaría de serlo. ¿Qué es la Poesía, sino una llama (celestial) encendida en pocos? La Retórica, ¿una inspiración divina, que nos persuade la virtud? La Historia, ¿un espejo suyo de los tiempos pasados, presentes y futuros? La Filosofía Natural, ¿un esfuerzo de su poder? La Moral, ¿una copia de su ser? La Astronomía, ¿un ejemplo de su grandeza? La Aritmética, ¿un discurso, aunque limitado, de su esencia y majestad? La Geometría, ¿un instrumento de su Gobierno, en número, peso y medida? La Jurisprudencia, ¿un ejercicio de su justicia? Y la Medicina, ¿una atención de su benignidad? ¿Pero a que no se atreve la Envidia? El sol es tan hermoso entre las criaturas, que pudo excusarse la Idolatría de haberle adorado por Dios; y hay, quien sin tener ojos de Aguila se ponga a averiguar sus rayos, y dice que entre sus luces hay oscuridades y manchas.

Dejando, pues, en su tema aquellos filósofos, doblé una esquina, y vi salir de su casa a Saso, las faldas en la mano, huyendo de la ira de su padre. Detúvele, y dióme muchas quejas de su hija, que divertida en hacer versos había olvidado los oficios y ejercicios caseros de coser e hilar, que es la ciencia más digna y propia de las mujeres, a quien deben aplicar toda su atención y gloria y no a los estudios, que

distraen sus ánimos; y vanamente presuntuosas de lo que saben, procuran las conferencias y disputas con los hombres, olvidadas de su natural recogimiento y decoro, con evidente peligro de su honestidad. Harta lástima tuve al viejo padre, a quien el estudio y divertimiento de la hija, y sus liviandades bien conocidas en aquella ciudad daban tan mala vejez; y dejándole sosegado con algunas aparentes razones de su disculpa, entré por una plaza, donde vi aquellas célebres hosterías de Plantino, de la Flor de Lis, del Grifo, de la Salamandra, y otras, donde era notable la abundancia de todos manjares. Allí había eneidas estofadas, empanadas y en jigote; Fastos y metamorfoseos, asados, en tortilla, fritos y pasados por agua; y otras mil diferencias de guisados a tan buen precio, que pienso que eran causa de los achaques de los ciudadanos, de sus indigestiones y dolores de cabeza, siempre flacos y macilentos por no saberse abstener en aquella estudiosa gula. De cuanto vi allí nada me llevó más los ojos, que unos menudillos de poetas, y unas pepitorias de las Repúblicas, que con buen adorno estaban en la hostería de Plantino, donde hubiéramos entrado, si Marco Varrón no lo dilatara para después de vistas las Cancillerías, donde se administraba justicia que estaban enfrente de la Plaza.

Fuimos luego a ellas, y vimos que a las puertas daban la cuerda a muchos perjuros, habiendo firmado con juramento algunas cosas, sin ciencia, ni noticia de ellas en fe y palabra de sus maestros. La misma pena daban a un gran número de ultramontanos, por amancebados con la Lengua Griega.

Entrando, pues, por una gran sala (de quien dos gramáticos eran porteros), descubrimos sobre unas gradas altas sentados los tres jueces que celebró la antigüedad, Minos, Radamanto y Eaco. Dióse principio a la Audiencia, y entró a defender algunas causas un viejo arrimado a un báculo, trémulas las manos y cabeza, que al juicio de los ojos tendría ya más de noventa años. Extrañé mucho que tanta edad no reservase a la tranquilidad y reposo aquellos últimos y decrépitos alientos, y preguntándole a Varrón quién era, me dijo: Este es aquel Turanio diligentísimo procurador de causas conocido de Séneca, tan hecho ya al estrépito inquieto de los Tribunales, que habiéndole retirado Cayo César se fué a su casa; y puesto como agonizante en la cama, mandó a sus criados que le llorasen como a muerto; y su familia lloraba el ocio de su viejo señor; y si no le hubieran restituído al oficio, ya estuviera enterrado. Tal es la loca ambición de los hombres, que quieren más vivir para otros,

que para sí mismos, sin llegar a conocer la felicidad del sosiego del ánimo.

Yo deseaba oírle; pero lo impidió un tropel de esbirros, que traían a Julio César Escalígero con una mordaza en la boca y esposas en las manos; y tras él entraron, Ovidio, Plauto, Terencio, Propercio, Tíbulo, Claudiano, Estacio, Silio Itálico, Lucano, Horacio, Persio, Juvenal y Marcial, casi todos estropeados, y acuchillados por las caras; quién sin narices, y quién sin ojos; unos con dientes y cabelleras postizas, y otros con brazos y piernas de palo; tan desfigurados, que ellos mismos se desconocían.

Habiéndose, pues, sosegado la Sala, Ovidio en nombre de todos, como más fecundo, y que en sus primeros años había estudiado la Retórica y Jurisprudencia, se querelló así de Escalígero.

En este caso, oh jueces integérrimos, excusada es la fuerza de la Retórica para captar la benevolencia con el exordio, disponer la atención con la proposición, informar el entendimiento con la narrativa, convencerle con la confirmación, y epilogándolo todo, dejar encendidos vuestros ánimos y persuadidos al castigo; porque estando presente a vuestros ojos el delito, sangrienta la mano atrevida que le cometió, y vertiendo sangre las

heridas, se ofendería la verdad del hecho con los artes retóricos, y vuestra prontitud en castigar delitos, estaría impaciente en una larga narrativa. Informen por nosotros nuestros rostros desfigurados, nuestros cuerpos estropeados; las ofensas son éstas; ése, el delincuente; defienda nuestra inocencia, y sea testigo de nuestro proceder esta República, donde más de mil años hemos vivido quietos, pacíficos, estimados y honrados de todos.

¿En qué pudo pecar Plauto y Tenecio para que los tratasen así? Pues han sido siempre el entretenimiento y donaire del pueblo, el uno gracioso y bien hablado, y el otro grave y remirado. ¿En qué Propecio y Tíbulo, ambos blandos, suaves y amorosos? Pues Silio Itálico es tan humilde, que no se atreve a levantar los ojos, siempre por tierra, procurando hallar en los demás la gracia que le falta. Enio es algo duro en su trato; pero su genio es tan grande, que se le puede disimular esta falta. Claudiano trata de su gala, y aunque es corto su caudal, le hace lucir con su gran ingenio. Si Estacio es presuntuoso, y Lucano soberbio, son estos vicios propios de la vanagloria y furor del ingenio, y no en daño de tercero. Horacio es grave y remirado; pero no con desprecio de los demás, sino con estimación de su talento; y si moteja es con urbanidad, esforzándose a

obligar a la risa. Yo confieso, que Juvenal es fatírico; pero es hombre de bien, y lo hace con celo de que se enmiende esta República, notando en general los vicios, sin que jamás se haya acordado de él en sus sátiras; y menos Persio, el cual es tan oscuro, confuso e intrincado, que cuando le hubiera ofendido, pudiera no darse por entendido; pues nadie entendería, si lo que dijo es por él o por otro. Solamente Marcial con su condición terrible y con sus sales y graciosos equívocos, pudiera haberle dado ocasión; pero jura que no le ha visto la cara, ni supo jamás dél. Pues de mí digo, que sin jactancia, ni amor propio, siempre he sido tenido por humilde y blando de condición; y aunque soy fácil para cualquiera cosa, no he ejecutado esta facilidad en daño ajeno; y si he tenido algunas liviandades, como mozo en materias amorosas, ya por ellas he salido desterrado; y nadie por un delito debe ser castigado dos veces. Y cuando todos hubiésemos delinquido, no era él juez competente. A vosotros solamente tocaba el conocimiento.

Más qué mucho que contra nosotros profano se haya atrevido este insolente, si también ha puesto las manos en los autores píos y religiosos, como Sanázaro, Beda, Pontano, Fracastorio y otros. Volved, pues, oh jueces, por nuestras honras, por la quietud de esta

República escandalizada con las insolencias y atrevimientos de este ciudadano, de cuya lima, que es, una daga buída, ninguno de vosotros está seguro.

Apenas Ovidio acabó su querella, cuando Escalígero, quitándose la mordaza respondió en su descargo con tanta soberbia y menosprecio de aquellos poetas, venerados de la antigüedad, que irritados de verse afrentar en lugar tan público, sin acordarse del respeto que se debía a los jueces, arremetieron a él, y arrastrándole por la Sala fueron jueces y ejecutores de la sentencia que pudieran esperar de aquel Tribunal; atrevimiento que les saliera muy caro, si los jueces no se divirtieran a otra cosa de más consideración; y fué un tropel del pueblo que entró lamentándose de que madamas las Ciencias faltaban de su palacio, y que en él solamente se hallaban algunas señas y rastros de lo que había sido. Levantaron los ciudadanos los ojos y las voces al cielo, y acrecentaban el dolor y lágrimas mostrándose unos a otros algunos vestidos de aquellas perdidas damas.

Quién mostraba un baquerillo de primavera de la Retórica. Quién un tocado de cintas de resplandor de la Poesía. Quién un antifaz de la Jurisprudencia. Y quién un espejo de la Filosofía.

Turbáronse mucho los jueces con aquellas nuevas, y casi sin sentido por tan gran pérdida, salieron de la Sala a informarse del caso y procurar el remedio.

Quedáronse los poetas ejecutando en Escalígero sus iras; y movido yo a piedad de aquel ingenio, luz de las buenas letras, los quise apaciguar con cortesía. Pero anduvo tan villano Claudiano, y el sueño era tan vivo, que me enojé mucho; y levantando el brazo (como si estuviera despierto) me arrojé a dalle una puñada en el rostro; y dando en un brazo de la cama, desperté de mucho errores, en que antes vivía dormido; conociendo las vanas fatigas de los hombres, sus desvelos y sudores en los estudios, y que no es sabio el que más se aventaja en las artes y ciencias; sino aquel que tiene verdaderas opiniones de las cosas, y despreciando las del vulgo, ligeras y vanas, solamente estima por verdaderos aquellos bienes que dependen de nuestra potestad; no de la voluntad ajena, a cuyo ánimo siempre constante y opuesto a las aprensiones del amor, o temor, alguna fuerza mueve y ninguna impele o perturba.

LAUS DEO

C.I.A.P.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00051165852